

# CIENIT

*sociología*  
*ciencia — literatura*

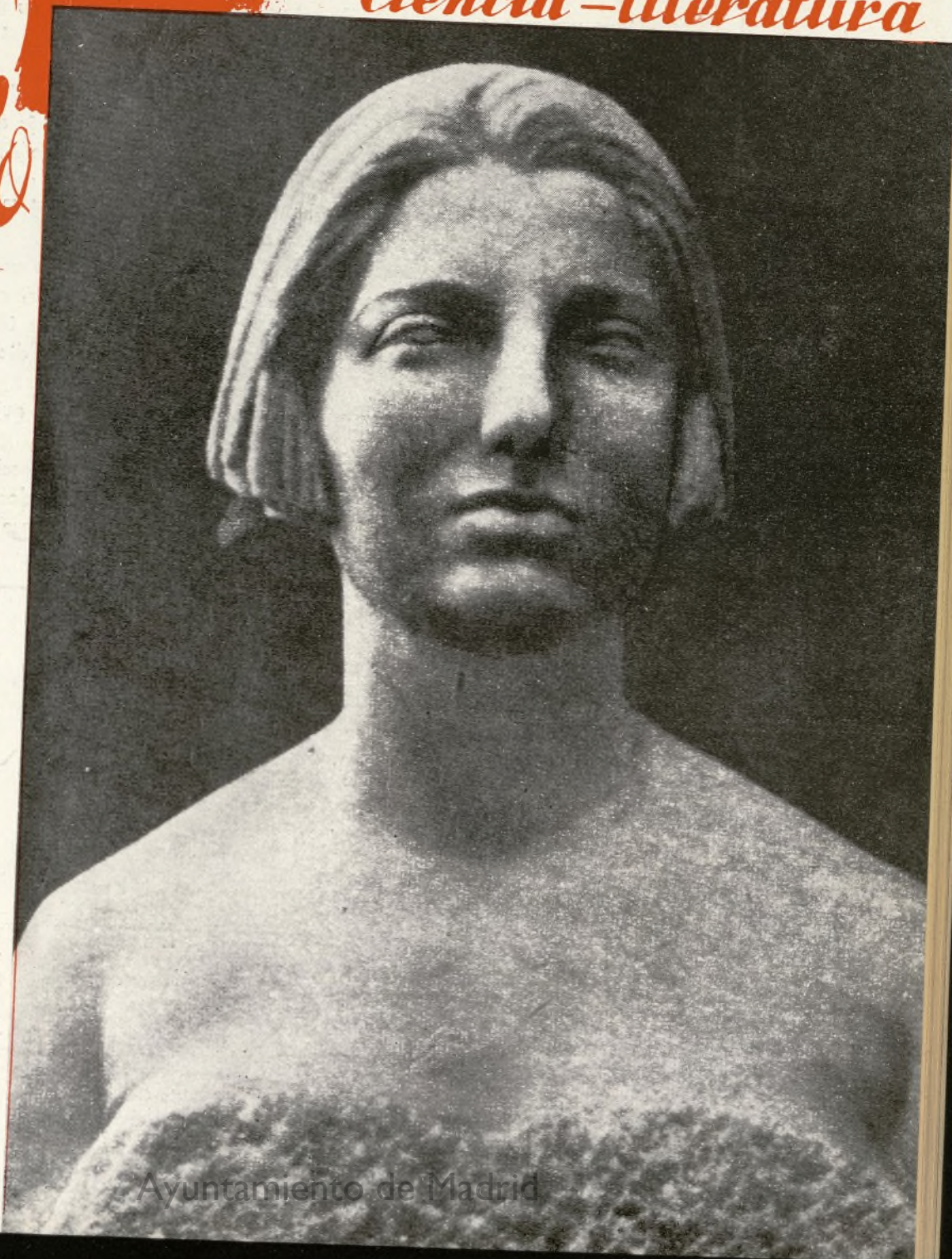
  
*Sumario*

Eugen Relgis: Religión, ciencia, universalismo.—Campio Carpio: Nosotros y vosotros.—E. Armand: Panorama.—Puyol: Tres composiciones de Gabriel y Galán.—Hem Day: Eliseo Reclus en Bélgica.—Georgette Ryner: Han Ryner en Noruega.—Federica Montseny: Cuentos de la noche. La boda.—G. W.: Crwell y el anarquismo.—Suno: Microcultura.—Ricardo Mella: Ideario (folletón encuadernable), conclusion.

NOVIEMBRE 1935  
**59**

*Revista Mensual*

PRECIO: 80 FRS.



Ayuntamiento de Madrid

## NUESTRA PORTADA

# «MUCHACHA»

*Por Emiliano Barral*

Una vez más, el cincel de Barral nos da una medida de su poder mágico y una vez más también sentimos el dolor de esta pérdida irreparable.

Las balas franquistas, al arrebatarnos la vida a Emiliano Barral en el frente de Madrid, privaron al arte español de uno de sus más auténticos valores; del hombre que era el heredero directo de Julio Antonio y el continuador de los grandes maestros de la estatutaria universal: Rodin, Bourdelle, en el ayer inmediato; Miguel Angel, en el Renacimiento italiano; Praxiteles y Fidias, en la antigüedad.

Murió cuando su genio no había podido hacer más que empezar a manifestarse; cuando de él sólo quedan unas cuantas obras; cuando su arte comenzaba a sazonarse y su estilo personal adquiría toda su energía y su perfección. Lo que hubiera sido Barral nos lo dicen las esculturas que de él quedan.

¡Pero cuánta belleza malograda; cuánto esfuerzo creador auténtico segado en flor!

El fascismo, símbolo de la muerte y de la miseria, de la esclavitud y del sufrimiento, ¡de cuántos valores y de cuántas posibilidades sociales y humanas ha privado y priva a los pueblos por donde pasa, como nuevo azote bíblico!

## CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

**Colaboradores:** José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

# RELIGION, CIENCIA, UNIVERSALISMO



En las rutas de Galilea, hace casi veinte siglos, llevaba Jesús su divinidad terrestre (1). Su palabra brotaba de sus labios, como las gotas de una gruta, después de haber sido filtradas en la noche y el silencio de la tierra. Un HOMBRE hablaba... En él hablaba el pasado entero, toda la perfección que empezó con la primera nebulosa y con el primer grito del antropeoide. La fértil y fecunda mudez de la naturaleza;

los innumerables impulsos de la vida sin retorno; el oscuro anhelo creador del hormiguero humano y la vibrante nostalgia del espíritu, vinculado todavía al cuerpo como el árbol a la tierra por sus mil raíces —toda la sabiduría de su tiempo era deletreada por un hombre.

Por él, la naturaleza y la humanidad han encontrado un nuevo lenguaje: fruto milagroso entre tantos frutos humildes. Jesús ha pronunciado fuerte y claramente lo que murmuraba tímidamente en la noche de millones de hombres. Su voz despertó ecos adormecidos en tantas mentes de esclavos. Jesús existía, embrionario, en todos aquellos que vivían en su siglo y en su comarca. En aquél entonces, en las regiones del Mediterráneo oriental, una parte de la especie humana fué, verdaderamente, preparada para la «era espiritual». De una generación a otra, los doce Apóstoles se han multiplicado en multitud de adeptos y creyentes.

En otros siglos y otros lugares, algunas partes de la humanidad llegaron a ser maduras para una nueva fase del perfeccionamiento. Raras veces los fundadores de religiones aparecieron demasiado temprano en su época. Sócrates proclamó el «Conócete a ti mismo» y se consideró ciudadano del mundo cinco siglos

antes que Jesús. Sin embargo, absorbió en vano la cicuta. Pero Jesús, por el cual—según afirma también el profesor G.-Fr. Nicolai, la religión judaica nacional llegó a ser la religión de la humanidad—no ha sido vanamente crucificado. Su elevación por la cruz ha sido, de hecho, la primera señal de triunfo del cristianismo.

La reacción de unos pocos, amor de las muchedumbres de siervos e ignorantes, es como el dique a través de un río: puede contenerlo por algún tiempo, pero las aguas crecen, desbordan y siguen su recorrido fatal. El gran río de la vida humana no puede ser contenido. Porque no existe sino una ley absoluta: ¡Avanzar! El crimen entre los individuos, la guerra entre naciones, los cataclismos de la naturaleza y las epidemias no han logrado impedir la evolución ascendente de la especie humana. La han retardado, a menudo la han paralizado, pero siempre fueron como la espuela en el flanco del caballo: le han proporcionado ese impulso que determinó los saltos exasperados hacia una nueva etapa de la evolución. En términos biológicos, eso se llama **mutación**, es decir, la brusca variación debida a ciertas modificaciones en el órgano principal del hombre: el cerebro.

En efecto, Jesús ha sido un cerebro, una conciencia que pudo iluminar las oscuras aspiraciones del corazón humano. Su amor y el de sus discípulos se ha universalizado en una forma que, en el estado de la ciencia de aquel tiempo, no podía ser sino mística, supraterrrestre. Y sus gestos llegaron a ser legendarios, porque simbolizaban la eternidad de algunos ideales colectivos. Su palabra no podía expresar una «ley experimental», un «axioma científico»; por aquel entonces, la razón y el criticismo del sabio moderno no estaban en auge. Pero las parábolas de Jesús, en la forma estilizada por los Evangelistas, no son sino expresiones poéticas de la genial intuición de las mismas verdades científicas, confirmadas en nuestros días por biólogos, historiadores y sociólogos.

El humanitarismo moderno, positivo, confirma y

(1) En vez de Jesús, según la creencia o tradición, podemos nombrar a cualquier otro fundador de religión universal.

fortalece al humanitarismo empírico y ético anunciado por los profetas de Judea, por los Apóstoles de Galilea, por los brahmanes de las orillas del Ganges... Cada «raza» tuvo su lugar y su tiempo de expansión universalista. Algunos investigadores creen que se puede trazar una ruta planetaria sobre la cual avance el «progreso humanitario». Según ellos, este progreso comenzó en el Extremo Oriente, deteniéndose en algunos oasis, y desarrollando sus florecencias de varias formas y colores, marchitas luego por tormentas inevitables. Pero la ruta del progreso es también inevitable: pues avanzó finalmente de Asia a Europa, luego en ambas Américas—ya no siendo sus formas intuitivas, sino racionalistas.

\*

Nos encontramos bajo la constelación de la ciencia. La cultura europea, después de sus varias civilizaciones religiosas, filosóficas, estéticas, técnicas, económicas, etc., está preparando esa síntesis suprema en la cual no faltará ninguno de los perfeccionamientos morales y espirituales de las antiguas culturas asiáticas. El humanitarismo, especialmente en los países de Europa occidental y de Norteamérica, empieza a evidenciarse en formas que conservan todavía los vestigios simbólicos de las antiguas religiones; pero ya se injerta en él esa seguridad que sólo la experiencia y el pensamiento científico pueden ofrecerle. Esta «religión humanitarista» es tanto más viviente y rica, cuanto más se afirma en nosotros la convicción de que las leyes morales surgidas de los impulsos del corazón concuerdan con las leyes físicas, biológicas y sociales descubiertas por el trabajo persistente de la razón.

¿Cuál es esta nueva religión de la humanidad? El decálogo humanitario científico—por ejemplo, aquel que el profesor Nicolai formuló en la «Biología de la Guerra»—no es tan diferente, en el fondo, del decálogo de Moisés, de la enseñanza de Cristo, de Buda, de los principios éticos de un metafísico como Kant, o de un literato y profeta como León Tolstoi. Todos se completan unos a otros. Porque todos los decálogos tienen una base primordial: la concepción de la humanidad como un organismo (cuyo destino es unitario, pese a los desastres de la guerra y de las épocas oscurantistas, en los tiempos de «barbarie», de la Edad Media y hasta del siglo XX). Todos están animados por la **fe activa** en el progreso del individuo y, a través del mismo, de la especie humana—la fe en lo sobrehumano que, según el lugar y el tiempo, tuvo varias formas, en su mayoría supraterrrestres, especialmente en el pasado dominado por dogmas teológicos.

Hoy, la fe en lo sobrehumano, al que algunos llaman también «divinización del hombre», no es una quimérica y vana acción. Es una prueba evidente del progreso humano. Los dioses esculpidos o el Dios espiritual se humanizan sin cesar, con cada conquista moral o científica. La divinidad crece en el hombre, como un árbol bajo el flujo ininterrumpido de la savia: fijado en las realidades terrestres por raíces fatales, el hombre levanta su pensamiento hacia el infinito cósmico. La materia y el espíritu se armonizan, a pesar de los trágicos conflictos del momento, mediante el milenarismo empeño de la humanidad.

No nos apresuremos a oponer la objeción de la guerra y de la revolución. Aun la última guerra mundial es un signo de que el crepúsculo de los dioses sangrientos ya empezó en nuestro mundo. La guerra parece desde ahora por su propia hipertrofia. En cuanto a la revolución, siempre tiene que volver finalmente a su cauce natural: la evolución.

Sepamos mirar más allá de nuestros estrechos horizontes. No olvidemos el pasado, el continuo encadenamiento de los hechos—y, sobre todo, llenemos el obsesivo porvenir con las realidades que podemos prever gracias a nuestros anhelos de superación, y que realizamos después por la lógica severa de la ciencia. No olvidemos a los pocos que se mantienen en la vía tortuosa de la historia humana como columnas que guían y glorifican; no olvidemos a los Profetas, los Apóstoles, los Precursores. Ellos sostienen los templos vivientes de la humanidad. Volvamos a ellos, como a las fuentes curativas; pero sin la adoración del esclavo, sino con la piedad del hermano que reconoce a su hermano mayor...

Y no sólo una vez por año, cuando el calendario muestra la fecha roja de su «aniversario». Que Buda, Confucio, Moisés, Sócrates, Jesús... no sean las sagradas reliquias de un pasado que nunca vuelve. Ellos no son «excepciones» o «antipaciones», son realizaciones positivas, multiplicadas por innumerables posibilidades. Ellos tienen que mantener en nosotros ese optimismo de la especie que se convierte luego en el optimismo consciente, voluntario, del individuo.

Esta es, pues, la finalidad de toda religión—no la de «poner al hombre en vinculación con la divinidad», sino la de arrancar al individuo de la ciega noche de su rebaño, impulsándole hacia esas alturas desde donde pueda contemplar su pasado trágico y el porvenir hacia el cual quiere avanzar, dispuesto para cualquier sacrificio. La religión del hombre moderno ya no puede ser una adoración pasiva, llena de pavores, sino el ímpetu consciente del individuo en el marco vasto y viviente de la especie; su elevación es como una ola entre las renovadas olas de la vida.

Y cuando, en Pascuas, evocamos al Cristo y, en otras oportunidades, a tantos hermanos suyos en espíritu y misión, los sentimos a todos, presentes en nuestro corazón y nuestra mente. Porque nuestra hombría de bien está constituida por todos los perfeccionamientos morales y por todas las conquistas científicas de los que hicieron descender la divinidad desde el cielo a la tierra, corporizándola en su propio ser.

Por eso, la religión es para nosotros cotidiana; toda nuestra existencia es «religiosa», con cada despertar con cada palabra, con cada hecho, con cada vacilación... Abrigamos en nosotros la familia espiritual de los precursores, y sus murmullos son los mismos que los latidos de la sangre en las sienes. Nuestros pasos voluntarios, nuestra mirada que ve más allá de las apariencias, son los pasos y las miradas de los visionarios de otros tiempos.

Y, alrededor nuestro, la naturaleza y la humanidad nos ofrecen el espectáculo de una progresión, de una incesante renovación a la cual sólo el hombre que es ciego a sí mismo o ciego a su semejante, no la puede ver. Lo sabemos: hasta el imperativo moral de la conciencia, persiste la mayoría pasiva, amorfa y, pese a todo, doliente. Ella se halla todavía bajo el imperativo de la conciencia gregaria, «estomacal», y también bajo la opresión de la minoría privilegiada.

Pero no lo olvidemos: del «abismo sin fondo» de los muchedumbres surgió un Cristo—y de allí también aparecerá el Profeta de la era moderna. No uno sólo, ¡sino millones de hermanos suyos! Porque la humanidad ya está cada vez más cerca de las «utopías» de las que avanzan en las primeras filas. Ahora, no tenemos otro deber que el de practicar un humanitarismo real, activo y permanente. De cada día—y con cada hombre, sea cualquier el guía de nuestro corazón o de nuestra razón: ya un fundador de religión, ya un sabio de nuestro siglo.

\*

Individualismo—en los cimientos del progreso humano. Ciencia, estética, ética; la verdad, lo bello, el bien...

Es así que concebimos la escala del perfeccionamiento. Partiendo del conocimiento del medio natural y humano, de la dominación de las fuerzas biocósmicas y de las correlaciones entre los componentes sociales, llegamos a la creación consciente. Esta creación voluntaria y útil en los dominios técnicos, es libre y hermosa en los terrenos estéticos y culturales.

La ciencia y el arte pueden ser incluidos en la concepción universalista de la religión moderna. La religión es primordial; ella se arraigó desde las primeras manifestaciones sociales, al mismo tiempo con las primeras preguntas surgidas en la conciencia todavía confusa. La religión es la ancestral expresión de la aspiración de conocer. El hecho de que las grandes religiones llegaron a su auge—por su desenvolvimiento interior y también por su extensión entre los pueblos—con miles de años antes de que la ciencia hubiese penetrado en los sectores de la vida terrestre y cósmica, es una prueba de que la intuición de la unidad y de la armonía universales es algo natural en el hombre.

Hoy, la ciencia convierte esta intuición en conocimiento racional. Pero no priva a la religión de su primera razón de ser; la ciencia reemplaza los medios, pero no el fin del conocimiento. Dios permanece: ya no es un ser antropomórfico, fasto o nefasto, protector o tiránico, sino una «conciencia», una «armonía» del mundo, es el panteísmo o como queramos denominarlo.

Pero lo que persiste en la misión esencial de la religión, es la moral. Fundada meramente en las relaciones transitorias de la sociedad, la moral es opresiva y de interés parcial. Fundada en la evolución natural de la especie humana, en el «organismo de la humanidad», la moral se llama entonces **religión humanitarista**.

Esta es su más alta manifestación en el período actual. Para la multitud, la religión humanitarista conduce hacia la paz y la fraternidad de los pueblos.

La unidad y la armonía de la especie humana conducen hacia la unidad y la armonía planetaria—y esta última, por el anhelo de conocer (que incluye también el «instinto» de idealización del hombre) lleva a la conciencia de la unidad y la armonía universales.

Si tenemos que añadir a los cinco sentidos naturales del hombre un sexto sentido, resultado del progreso cultural y espiritual, lo llamaríamos: **el sentido o el sentimiento de la universalidad**.

Aunque reconocemos la experiencia materialista, situamos la intuición espiritual por encima de la misma. Por esta intuición han progresado todas las artes y ciencias; por ella surgieron y se desarrollaron las religiones y las filosofías, y es por ella también que avanzamos hacia el supremo ideal de la vida humana: la primacía lúcida y creadora del espíritu. Llegará en fin la era espiritual, no mediante el misticismo budista o la ataraxia helena, no mediante el éxtasis cristiano o las introspecciones fanáticas del librepensador, sino del mismo progreso incesante, del «hombre mediano»—vale decir, de su desenvolvimiento orgánico: **del progreso cerebral**. La vida espiritual podrá manifestarse, gracias al cerebro humano activo e ilustrado, de una manera cada vez más libre, consiguiendo una preponderancia más y más decisiva sobre las «fatalidades» de la existencia material.

Por universalidad consciente se llega al perfeccionamiento de sí mismo. El superhombre biológico del profesor Nicolai es el precursor del Demiurgo, cuyo espíritu domina la materia. ¡Son muchos, los que han preparado la era espiritual de la humanidad! Pero los ignoramos todavía. Si los intelectuales, trabajadores cerebrales, se hallan más cerca de los grandes precursores que de los millones de trabajadores manuales, ellos no deben olvidarlos. De la multitud surgieron los Elegidos... Que los intelectuales hablen a la multitud sobre la vida de los Elegidos y repitan sus palabras. Ya lo dijo Jesús, según Mateo (c. 24, v. 35): «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán...»

Eugen RELGIS



# NOSOTROS Y VOSOTROS

A TRAVES DE LOS SIGLOS el hombre ha sido un elemento inquietante de recolección, como válvula de escape a sus ansias de liberarse de las cadenas que le oprimen. Consignémoslo en presente, ya que los fenómenos que atenazaron su espíritu en el pasado adquirieron caracteres contornos alucinantes en nuestro siglo. El problema permanece inalterable, sólo con limitados cambios de detalle acondicionados a la época.

El hombre de hoy, ubicado en París, Sakalin, Ceilán, San Francisco o Yucón es, exactamente, en líneas generales, el mismo habitante de Platea, Babilonia, la Atlántida o Cusco. De un lado el brujo, gran sacerdote de los sacrificios, adivinador de suertes, arquitecto constructor de pirámides y templos, astrónomo como Ptolomeo o geómetra como Euclydes. Del otro, el fellah, el ilota, el esclavo ahora proletario en lenguaje moderno.

Aquel escribe la Illiada, escucha la música divina de los astros, inventa la rueda, recurre a la imaginación para erigir pirámides y mausoleos suntuosos, conduce a la lucha aquellos hombres que en los campos de Platea y Salamina pusieron freno al avance del bárbaro sobre suelo griego en que anularon el sitio de Troya y pusieron en libertad el principio de la civilización que luego, por boca de Aristóteles, habría de imponernos el principio de valerlos por nosotros mismos.

Geográficamente los nombres históricos han experimentado un cambio de mutación con los adelantos de las ciencias físicas que impulsaron la velocidad y acortaron las distancias al arrugar la corteza terrestre. Pero los nombres de los grandes imperios de esclavos como Egipto, China y Roma permanecen inmutables como esfinges, a través de la historia, provocando al individuo, sometiéndolo a la ira despiadada, retándolo a combate.

Su mudo lenguaje, que trae oculto como filo de navaja en el susurro del viento, en el frío glacial de las nieves eternas, en el peso aplastante de las lluvias y en los rigores de la canícula, le recuerdan que por mucha ciencia política y económica que las universidades actualmente impartan, por el exceso de conocimientos de la química y la física y pese a los descubrimientos de trescientos años acá en el estudio de la psicología y en la técnica aplicada a la industria, el hombre es un animal terrícola, ciudadano que recorre como ayer las calles de Tebas, que alterna con los mercaderes de Bizancio, escapa a través de las tortuosas encrucijadas de Jerusalén o, colono, cultiva la tierra, integra los ejércitos, toma parte en las batallas del mundo y queda sepultado entre la argamasa de la Muralla China.

LABOR DE ESCLAVOS, asalariados, proletarios es cuanto florece sobre el haz de la tierra.

Si hoy la agricultura adquirió un desarrollo tal que por medio de la fotosíntesis promete arrancar al suelo productos para alimentar a la masa de ocho mil millones de seres que

pueblan el suelo, es porque innumerables esclavos dejaron sus débiles pulmones arrastrando al arado romano. Si la navegación marítima y aérea se convirtió en procónsul del buen entendimiento entre los pueblos, es porque ayer los esclavos arrastraron Nilo arriba las barcasas de cuero con los avituallamientos de los ejércitos. Si hoy nos avergonzamos de las feroces dictaduras políticas y económicas que asolan el mundo, es porque ha despertado el instinto animal, el ancestro patológico de las satrapías egipcias, mongólicas, ese infernal continente asiático reencarnado en los nuevos verdugos.

El hombre de cultura, el inspirado, poeta o arquitecto, no podría realizar cuanta magnificencia puebla nuestro suelo, de no contar con el musgo terso, la mano del ilota que respondiera al llamado de la inteligencia. Las maravillosas obras del genio individual que en la edad moderna ostentan las ciudades en edificios, canales de irrigación, puertos, plantas industriales de extracción de las riquezas del subsuelo y su transformación en artículos de uso común y en la combinación de los delicados instrumentos de laboratorio, que nos permiten disponer de antibióticos poderosos para preservarnos, inmunizarnos y evitar enfermedades que antes diezaban generaciones enteras, son obras de combinación del cerebro con el músculo.

No obstante, la historia no registra sino como contingente, como volumen o masa en términos totalitarios, el caudal humano, ese torrente sanguíneo fundido en hecatombes, revoluciones y guerras con que está alimentado este suelo que pisamos.

Cierto que el alquimista descubrió la combinación de los metales para darle solidez y hasta aspiraba a elaborar oro con las calenturientas especulaciones de su fantástica imaginación. Verdad que el artista del Renacimiento inmortalizó el genio del individuo que venía de la noble estirpe ateniense a través de los estilos dórico y corintio que no habían logrado persas ni egipcios. Las enormes usinas modernas, que producen energía generadora de fuerza, jamás hubieran alcanzado ese potencial que revolucionó la física en el reino de la electricidad de no existir la materia prima, la divisa humana sacrificada en holocausto de los dioses y de los hombres.

El genio creador de ideas abstractas, el inventor o descubridor, tuvieron que contar con la abundante y gratuita mano de obra para concretar su obra. Esta descendió al fondo de la mina en procura de los codiciados minerales. Se abalanzó en las canteras sobre pétreos bloques para someterlos a la dura ley de sus dictados, eligiendo y transportando al laboratorio del artífice las moles marmóreas donde, desde la formación de la tierra, dormían las estatuas sueño eterno.

El arte, que es humanización en forma y figura, en armonía y sentimiento, en ritmo y melodía, es la suprema manifestación expansiva del individuo que no tiene sus manos

# PANORAMA

— I —



Se me ha enviado un fragmento, en alemán, de la Gran Enciclopedia soviética, fragmento dedicado al anarquismo que, en él se dice, reposa por entero en la «personalidad», mientras que la base del marxismo es la «masa», todo esto acompañado del «leit motif» habitual, a saber: que el anarquismo es una concepción pequeña burguesa, reaccionaria, haciendo el juego al capitalismo, etc. Antisociales o soportes de los conservadores fueron Godwin, Stirner, Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Warren y los anarquistas colectivistas o sindicalistas; en el anarquismo hubo bandidos como Makhno, etc. (1). Como es de suponer, el anarquismo ha sido extirpado de la Rusia nueva, pues «es el enemigo número 1 de la clase obrera». En fin, todo este comentario se desenvuelve de modo bien conocido, harto conocido. Y no comprendo muy bien por qué no se expone, en ese artículo, una lista de las publicaciones anarquistas, afin de permitir la comparación con las publicaciones bolcheviques (2). Las opiniones de Lenin y Stalin (3) no son, en suma, que meras opiniones, y como tales susceptibles, también, de ser criticadas. Salta a la vista de todos, que cuando los grandes señores soviéticos o neochinos dan recepciones suntuosas u ofrecen fastuosos banquetes, en honor de los políticos que los visitan, no se comportan como «proletarios». Y sin embargo creen que lo hacen las gentes reducidas a mísera ración en Rusia o los campesinos diezmados por el hambre en el ex-celeste Imperio. El cambio de régimen ha sido benéfico para algunos privilegiados de Moscú y Pekín. Todo no se puede hacer de una vez. Por lo menos

teñidas de sangre. En símbolos, combinaciones, gestos, emisiones verbales, nos trae el rejuvenecedor mensaje de la humildad en su magnificencia. En su mundo expresivo encontramos la inmortalización de lo eterno en el tiempo de cuanta angustia anónima fué olvidada por faraones, reyes y príncipes, pobres representaciones de un estado social superado por la historia.

LA CIVILIZACION GRIEGA, cuyas huellas siguió la cultura romana hacia el camino del Renacimiento para llegar a nuestro siglo, ¡qué de experimentos, de progreso efectivo, de realidad tangible no pone a nuestros ojos! Desde los venerables tiempos de Hesíodo, pasando a través del ciclo homérico, la filosofía socrática hasta desembocar en Aristóteles, el hombre que concretó en ideas todas las especulaciones de libertad humana, puso a nuestro alcance cúmulo tal de conocimientos que ni el fuego destruye.

La ciencia empírica de Hipócrates se lleva de la mano con la minuciosa y delicada tarea del asombroso Ramón y Cajal. El uno auscultaba el organismo al unísono de los estremecimientos convulsionados de las pitonisas que en los

eso se ha hecho ya. Y se necesita nuestra mentalidad de pobres diablos para no comprender que todo camina sobre ruedas en el mundo comunista...

Además, todo va tan bien en tal mundo que existen en él «individualidades»—y es como os digo—que llegan a fabricarse falsos papeles de identidad, a eclipsarse, a cambiar de región, a emplearse en ciertas fábricas, no pudiendo dama Policía descubrir sus huellas. Lo que prueba, que por bien tejida que esté una red, por algún lado puede quebrarse. Por consiguiente, también en U.R.S.S., el individuo, desde que ve la posibilidad de hacerlo, se evade de una imposición social en la que sólo ve inutilidad e importunidad. Pero, héme hablando de nuevo, para la gente bolchevique, como un «pequeño burgués», idioma al parecer muy diferente al «staliniano».

— II —

Quando se consideran las profesiones de fe de los tres últimos presidentes de los Estados Unidos y sus esfuerzos en vista de asegurar al país que dirigen el monopolio de la bomba atómica, no se puede dejar de reflexionar del abismo que separa sus concepciones religiosas, con los acontecimientos promovidos por ellos. Franklin Roosevelt era un espiritualista cultivado doblado en un evidente humanista. Harry S. Truman (el hombre de Hiroshima) creía que todos los problemas de la época actual serían resueltos si los hombres aceptaban las soluciones ofrecidas por el

(1) En un film ruso se presenta a Makhno en tal aspecto. — V. M.

(2) En el mundo de occidente, en general, sigue siendo más rica y valiosa, la prensa anarquista que la bolchevique. — V. M.

(3) Y sus actuales sucesores. — V. M.

templos griegos predecían destinos. El otro estudió en historia las más leves reacciones de las neuronas al contacto con el calor. De la dialéctica socrática, ese monstruo que subyugaba con el poder de su verbo las mentalidades más cerriles al choque con la inteligencia, pasamos a formar tumultos de oraciones en las que crean vida los pensamientos de cada habitante. De los principios de Euclides, estudiamos la resistencia de los metales y el peso de los rascacielos sobre la tierra. Del rudimentario concepto de los armadores griegos que, con sus trirremes traspasaron las columnas de Hércules llegando hasta la Atlántida y más tarde sembraron el azul Mediterráneo con velas latinas, construimos actualmente los grandes paquebotes, verdaderas ciudades acuáticas, que recorren los mares con precisión de reloj y las aeronaves que perforan el cielo con rapidez superior a la velocidad de la vista y del sonido.

A grandes rasgos, esto es lo realizado hasta aquí, en el corto intervalo de unos cuantos siglos que, en la vida del hombre sobre la tierra, carecen de interés histórico como idea de tiempo.

CAMPIO CARPIO

Sermón de la Montaña (4) o anunciadas por los profetas del Antiguo Testamento (pertenecía a la Iglesia Bautista). Eisenhower sale de una familia de mennonitas, miembros de una secta muy conocida que se caracteriza por su repudio a llevar las armas; a su muerte, su madre, pertenecía a los «Testimonios de Jehová» (5). ¿Creen realmente estos hombres que la victoria del espíritu sobre la materia—es lo que pretenden instaurar en el mundo—pueda lograrse con la actitud por ellos creada con su tensión nerviosa, con el miedo engendrado por la perspectiva de una hecatombe de imprevisibles proporciones? Lo más desconcertante, cuando se examina su comportamiento, es que uno se da cuenta que podrían muy bien ser sinceros y que no se sabe lo que en ellos domina: si la ingenuidad o el iluminismo. El ex-ministro del Exterior de los Estados Unidos—Acheson—era el hijo de un obispo anglicano; el actual—Dulles—ha tenido por padre un pastor calvinista y es él mismo considerado como uno de los mejores teólogos de su Iglesia, su hijo es un jesuita. Todos estos hombres se creen llamados, como los cruzados, a defender una civilización esencialmente cristiana, falsamente individualista ya que en última instancia el cristiano renuncia a su voluntad en favor de la de una entidad despótica contra la cual carece de poder.

### — III —

Parece que los marcianos—esos marcianos que dan tanto que pensar a tantas buenas gentes—y cuyas apariciones en cantidad dejan mal paradas las de la Virgen, los marcianos pues, según cuentan algunos, no sienten ningún deseo de entablar amistad con los habitantes de nuestro globo. Errarían por aquí y por allá, tal vez dedicados a un relieve topográfico de la superficie del planeta, pero hasta aquí se limitarían sus investigaciones. No sentirían tampoco ninguna gana de compartir los usos y costumbres de los terráneos de los que muy bien podría ser que, gracias a un método desconocido de los hombres, hayan descifrado la manera de pensar, las capacidades de inducción y deducción, los modos de existencia. Los juzgarían como una especie inferior, poco vigorosa, de espíritu repleto de prejuicios, de carácter inestable, víctima de ilusiones, oscilando entre dos polos, dominación a sujeción, explotación del prójimo o aceptación de la servidumbre. Estarían dotados ellos en cambio, de temperamento muy diferente, demasiado dignos para rebajarse al rol de amos o plegarse al de esclavos. Temor a contaminarse al contacto de los enfermos terráneos que muy bien pueden juzgar como incurables o, tal vez rechazo en enseñar a enajenados un medio—estimado inútil—de hacer su vida razonable? Es lo que no concretan los que proponen esta tesis (6).

### — IV —

En *The Paradox of Oscar Wilde*, aparecido en T.V. Boardman, Londres (primera edición, 1949), el escritor comunista anarquista Georges Woodcock (uno de los autores de «Pierre Kropotkine», recientemente aparecido en Calmann-Lévy, París), se ha esforzado en resolver las contradicciones del individuo Oscar Wilde tenido por algunos como un exhibicionista, un maestro de la conversación; para gran número de admiradores entusiastas: por un genio. Según Woodcock—y no es el solo a emitir tal opinión—Wilde era de **vasta** inteligencia, mayor en las intenciones (una de sus obras se llama «Intenciones») que en la realización. Sea como fuere, ha ejercido una gran fascinación sobre la literatura británica de su tiempo. Y Bernard Shaw fué tan influenciado por Wilde como por Ibsen. Si Wilde hubiese vivido más tiempo (7)

y continuado a escribir piezas de teatro, Shaw no habría nunca conquistado la notoriedad que conoció en su ulterior vida.

Se le ha reprochado de haber encontrado la fuente de sus escritos en Swinburne, Rossetti, Matthew Arnold, Maeterlink, Flaubert, Balzac, Andersen, Scribe, Dumas hijo, Tolstoi, Sheridan, etc., lo que Wilde probablemente no hubiera negado, pero es adaptándolos a su personalidad, trasponiéndolos, acomodándolos al modo wildiano, etc., como él los ha presentado.

Sin embargo, ha sido de todos modos en Francia, Italia y Alemania—más que en Inglaterra o en América—(8) en donde la obra del autor de *Salomé* encontró más eco. Ahí, no se le perdonaba su comportamiento sexual.

Woodcock hace notar, al pasar, que en la época en donde la psicología estaba aún en su infancia, antecedió a Freud y a los neo-freudianos, denunciando el carácter malsano del rechazo de las impulsiones.

Si Wilde ha aparecido a menudo ante los ojos de quienes lo han admirado como una figura simbólica, una especie de santo arrastrando pesadamente sus zuecos sobre el pavimento de una celda, conviene el separar tal imagen y representarse a Oscar Wilde tal cual era, con sus cualidades y sus debilidades: un individualista que, a través de sus aparentes contradicciones, ha buscado sin cesar a desarrollar libremente su personalidad. En el culto rendido por el paganismo al placer y por el cristianismo al dolor, percibe un igual medio de salvación individual, pues Jesús y los filósofos griegos no tienen valor para él a no ser como profetas del individualismo, mientras que en la inacción predicada por los sabios de la China antigua, ve para cada uno el camino de la perfección. (Ha negado que la religión de la ciencia pueda salvar a los hombres.)

Es en el interior del sér donde busca la impulsión del arte y la del pensamiento, y da al mundo interior de la imaginación una importancia mucho más profunda que la del mundo exterior, considerada por él como la tela de fondo en la que cada individuo juega su rol. La crítica es ante todo la pista en donde puede desarrollarse la conciencia. «Cada hombre—declara Oscar Wilde—debería buscar el modo de hacerse perfecto, pero sólo puede hacerlo partiendo desde adentro, viviendo en el mundo personal que le ha sido dado, y siguiendo sus propias leyes interiores y sus propias impulsiones.» A esta convicción le fué fiel de manera consecuente, a pesar de las aparentes inconsecuencias de su existencia; volviéndose la base en la que cimentó toda su vida, todo su pensamiento y todo su arte; se volvió su única regla de conducta y determinó su filosofía...

### — V —

En su *An Essay on Interlinguistics*, de Paul Mitrovich (Ed. del autor Sarajevo, Yugoslavia), el sabio autor de este folleto de 72 páginas, hace notar que el diletantismo de ciertos entusiastas ha hecho más mal que bien a la idea de las lenguas auxiliares. Constatamos que al fin de cuentas, cuatro sistemas han flotado

(4) Diseminado en los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento (La Biblia). — V. M.

(5) Antimilitaristas hasta el martirio. Los nazis los internaron en sus «lagers». Véase a A. Respaut en «Buchwald, terre maudite». — V. M.

(6) Alusión a los « platos voladores » que, según parte de la imaginación popular, se creen de origen marciano. — V. M.

(7) Feneció en 1900. Véase de Lacaze-Duthiers «C'était en 1900», (1955). — V. M.

(8) En castellano (Argentina) ha sido publicado casi completamente. — V. M.

hasta ahora: el esperanto, el ido, el occidental, el interlingua (I.A.L.A.). Es lo que se deduce de los trabajos de los lingüistas serios a los que no ciegan ni el fanatismo ni la superficialidad. Piensa el autor, como nosotros, que estas cuatro lenguas son dialectos de la Lengua universal en desarrollo y que no parece imposible el armonizarlas con los idiomas más analíticos del Occidente; el inglés y el francés, así podría formarse un hipotético anglo-latino uniendo entre ellas a esas cuatro lenguas auxiliares, crisol de donde surgiría la lengua universal soñada. El contenido de este trabajo es demasiado técnico para que citeamos de él más. (En una nota, P. Mitrovich, señala al pasar, que el lanzamiento de la primera bomba atómica sobre el Japón, en 1945, se debió a la traducción errónea de una palabra (9).

## — VI —

La guerra que destruía a Indochina se ha terminado. Enviamos a los interesados al respecto, a los especialistas de la política para descifrar las razones verdaderas de su prolongación. Conocer que beneficios reales extraerán ahora los habitantes de esta gran península es otra cosa. Cesarán de ser comidos en la salsa colonial, para serlo por otra salsa y una multitud de slogans inscritos en un infinito número de banderolas, que les harán tragar la píldora sin que hagan el menor gesto. Por doquier, banderas y más banderas: ¡es el país soñado para los fabricantes de tejidos! Tenemos sólo nosotros antipatía por lo que se llama el «colonialismo», pero el nacionalismo nos repugna lo mismo. ¡Cómo si todos los acontecimientos no se confabularan para ahogar al individuo en las ondas de las civilizaciones gregarias, precisa aún que un nacionalismo exagerado lo atenace con su camisa de fuerza! «Por Dios, por el Zar, por la Patria». «Mi patria es siempre mi patria, tenga razón o no la tenga». «Morir por la patria es la suerte más hermosa». «Nada ha cambiado! A semejanza de los animales humanos, proliferan las patrias, y se multiplican así las ocasiones de sacrificarse por ellas (10). Así seguirá ocurriendo, en tanto que blanco, amarillo o negro, el individuo no habrá comprendido que, fuera de su yo, no existe patria ni humanidad! ¿Pero lo comprenderá algún día?

## — VII —

En su libro **Anarchy and Order — Essays in politics** (Faber and Faber, Londres), Herbert Read en su principio, cuyas diferentes partes han sido ya publicadas o son revisadas, parece hacer suyas ciertas ideas que no son nuevas, por ejemplo que la vista de absorción del alimento, digestión, defecación, copulación—y todo esto para finalizar en un aniquilamiento del organismo—hace pensar que la vida en sí presenta reducido interés. Que a esto se añada las enfermedades y tribulaciones de todas clases que el ser humano arrastra como pesado fardo, uno se pregunta por qué los suicidios son tan poco numerosos. «Mejor sufrir que morir, tal es la divisa de los hombres», ha proclamado el buen La Fontaine. Evidentemente. Pero a condición de hacerse para sí mismo, una vida interesante. Esta obra demuestra que el intelectual que es Herbert Read ha sabido amueblar los días que pasa en la máquina redonda. Se mueve con facilidad en las esferas del arte, de la poesía y de la filosofía. Felicitémosle por haber sabido llenar de utilidad su paso entre los vivos. Es con profundidad y seguridad que versa sobre el comunismo anárquico, del cual es tal vez ahora el más eminente expositor. Herbert Read opina en un sentido que no es el mío. Eso le incumbe, tanto más cuanto que adversario del acto de violencia, nada en las ideas que le son queridas sugiere que trataría de imponermelas. Dicho

esto, no veo, yo semejanza tan acentuada entre el existencialismo y el stirnerismo. Stirner coloca bien el primer lugar a lo existente, pero no se encuentra vestigio alguno de «angustia» en **El Único y su Propiedad**. El stirneriano no es un «angustiado»; se afirma con osadía, se hace valer, lo que no es la misma cosa (11).

## — VIII —

En **L'homme cet insensé** (Vigot Frères, Paris), Critias (seudónimo de un doctor bien conocido por nosotros) tal vez ha querido responder a la obra de Alexis Carrel (12). Se trata de verdades primeras las que Critias expone, las rememora más bien que inventarlas. Siempre es agradable el leerlo, aunque uno no esté del todo de acuerdo con él. Es bien verdad que existe un abismo enorme entre el desarrollo de la ciencia y nuestro casi estancamiento moral, pero ¿está bien seguro que el habitante de una tierra desconocida haciendo escala en nuestro planeta, encontraría una diferencia tan grande entre lo que pasa en «su casa» y en la nuestra? Nadie sabe nada. La obra de Critias sugiere la reflexión y la meditación.

En **Svenskt Foreningslexicon** (Nybloms Forlag, Upsal, Suecia), se encuentra un magnífico volumen de gran formato, repleto de grabados, de sellos, de retratos, que es un catálogo de todas las sociedades y asociaciones de Suecia, país en donde hormiguean. Me parece ésta una obra completa e imparcial, ya que en ello veo figurar los nombres de los periódicos y asociaciones comunistas anarquistas, de reforma sexual, idistas y otras.

En **L'Homme sans Dogmes** (L'Union Rationaliste), su autor Marcel Guichard no tiene dificultad en demostrar fácilmente la falsedad religiosa. Piensa que la difusión irresistible del espíritu positivo acabará con el misticismo, que se apoya en los «sophismas cardiacos», es decir, en el sentimiento. Es a los sofismas cardiacos a los que se debe las supersticiones, las creencias ocultas, etc. Son ellos, esos sofismas, los que reemplazan por un juicio de valor lo que debería ser un juicio de existencia. «Es el corazón el que siente a Dios y no la razón», exclama Pascal. Lo que no es, por cierto, lo que a todo el mundo ocurre. Los místicos se dan la ilusión de haber probado a Dios, cuando tan sólo lo han inventado. Concerniendo la «libertad», quisiera que se sustituyese en nuestro lenguaje impregnado de espiritualismo «yo siento que quiero» en vez de «yo quiero» (por ejemplo: «yo siento que me voy a ir al campo» en lugar de «yo quiero ir al campo») (13). En suma, el autor termina proponiéndonos lo que él llama el espiritumaterialismo, tomando a Sócrates, a Epicuro, al Ecclesiastés (todo es vano, salvo la alegría del vivir) lo que tienen de mejor.

E. ARMAND

(9) He aquí direcciones sobre las lenguas internacionales:

— **Esperanto** — SAT Amikaro, 67, avenue Gambetta, París (XX<sup>e</sup>), Francia.

— **Ido** — «Progreso». Case Champel, 27. Genève. Suiza.

— **Interlingua** — IALA. A. Goder, 80 East, 11 th str., New-York, U.S.A.

— **Parley** — 11, North Ave., Worthing, Inglaterra.

— **Unial** — H. Molenaar. Munich-Graefelfing. Otilostrasse, 17, Alemania, etc... — V. M.

(10) Con el nuevo Estado de Israel, los nacionalófilos chovinistas han derramado ya sus buenos regueros de sangre humana. — V. M.

(11) Read viene siendo traducido y publicado en la Argentina. — V. M.

(12) «El hombre, este desconocido» o «La incógnita del hombre». — V. M.

(13) Se refieren aquí, Armand y el autor, al idioma francés. — V. M.

# Tres composiciones de Gabziel y Galán



## EL DESAHUCIADO.

El poeta titula así su composición: «El Desahuciado». Un enfermo que se avergüenza de su acabamiento y no sabe cómo hacer para curarse. ¿Qué mal será el suyo que chupándole la vida desde la raíz empaña su lozanía y lo derrienga? ¡En la flor de los años, siendo nada menos que un roble! Hombre de campo, sencillo, diligente, dichoso. A nada ponía reparos y todo le estaba bueno. El pan de sus fatigas sabía a felicidad y era alegría en su mesa. Antes no se ponía el sol en los dominios de su salud, y ahora se le ha metido alma adentro la noche. Todo él se nota fofo, desmazalado, vacío...

¡Me caso en la luna!  
¡Miuste a vel, pol favol, señol médicu,  
si dicen los librus  
que hay algo pa estu!  
Pero no me dé usté más papelis  
de esos polvus negrus,  
porque cuasi me estoy provocando  
n'ámas que los mientu,  
No me jaga merca'l más botellas  
del Constituyenti, porque no poemas,  
y además que esu n'ámas que sirvi  
pa sacadinerus.

Ni el médico, ni el saludador, ni la curandera que le ven aciertan su mal: el médico es el del «constituyenti» ineficaz, el saludador el de la saliva sin resultado curativo, la embaucadora la del cocimiento de corteza de abedul, que tampoco ha obrado el milagro. Harto de jarapotes, e incluso de jarapotes bezoáricos, el enfermo vuelve otra vez al galeno.

¡Miusté a vel si hay quiciás una untura,  
miusté avel si hay quiciás un ungüento  
bien juerti, bien juerti,  
que ajoude en el pechu,  
que chupi, que chupi  
Lo que tengü dañau aquí aentru.

Insiste por no dejar claudicar a la carne. Dése usted cuenta, señor médico, de que su cliente no puede morirse, porque es pobre y tiene mucha familia. Si muere será contra derecho. Y la muerte contra derecho—la del indigente que no tiene criados a los hijos—sucede la miseria extrema en

el hogar del que se va... Con la espina clavada de los que deja. Sí, sí, muy natural: no, por natural y corriente es menos doloroso. ¿Qué hacemos, señor médico, con este hombre, sobre pobre, cargado de familia? ¿Hay adelantos sin dinero? ¿Hay ciencia al alcance del pobre? ¿Hay un pellizco de vida sin Cungiiben, aunque sea de la que malgastan los ricos? Mire usted, doctor, que morir contra derecho, de puro lógico, es lo más inhumano que se conoce.

Y pa aliciu tó et dia mirandu  
diendi cara la gente del pueblu  
p'abajo y p'arriba  
pasandu y golviendu,  
unus con guarrapus,  
otrus con aperus,  
unus con forraji  
y otrus con istiércul,  
saliendu y entrandu,  
llevandu y trajiendu,  
como las jormigas  
en el jormigueru.

Harina de otro costal es esto. Se le mete por los ojos la actividad humana—la alegría de vivir de los otros—, y la carne podrida y el espíritu sano le duelen. Dolor de paisaje, para el que no hay, desgraciada, fatalmente, más que la tierra leve de la sepultura.

José María Gabriel y Galán, con esta composición, llega a las más altas cumbres de la poesía.

## LA JEDIHONDA.

No conocemos a la jedihonda y hemos de atenernos a lo que es en la composición de Gabriel y Galán alusión y no retrato. Todos hablan de esta mujer, todos se apartan de ella y todos la desean. Piedra de escándalo, al modo que la moza «favorecedora» de Calatayud, la de la copla no poco hiriente...

Una mujer que ha veniu  
de alguna ciudá mundana  
¡Qué habrá jechu pa estal sola  
sin naide de la su castal!..  
¡Qué habrá jechu! Lo que dicin  
que face aquí: cosas malas  
que a mí me cuesta dicilas  
y a ella jacelas, nada.

La madre recelosa se explica así con el hijo enamorado. Ausente en este aparte de la cocina el padre, mal contento: la hija, presente, desmocha los leños trashogueros, esparce las brasas y aparenta desinteresarse de la conversación. ¡El primer amor del tímido Célipi! ¡Paloma él y gavián ella! Siempre la serpiente engaña a la parte más débil: al mozo, en este caso, inexperto...

Bien sabes tú que la genti  
La Jedionda la llama  
porque dicen todos los hombris  
que endi lejos jeidi a mala.

También la adelfa envenena y es bella, y la azalea produce flores tan deletéreas como bonitas. La Jedihonda tiene más de fruta que de flor, más de manzana que de rosa: aunque dañina por dentro, tienta, apetece...

Y tú cieguinu a querela,  
y ella jiciéndute cara  
pa empicarti a su persona  
y calintarle la entraña.

Ni está ajado como se le figura a la madre ni le han dado a catar ningún bebedizo. Ciegamente enamorado está, y, como Adán, en derrota. Hace por apartarse de ella, y en todos los caminos se le aparece: por no verla, y su imagen descueña en todas partes: por no oirla, y todo tiene el timbre de su voz: por quitarse su gusto, y todo le sabe a la jedihonda, fruta del frutal del diablo. Contra su voluntad la quiere, con los colores de la vergüenza en la cara, a sabiendas de que tal pasión le denigra.—Sí, esta mujer desentona en el lugar y se diferencia de las demás mozas. Tiene otra estampa, echa otro olor, posee un atractivo distinto. Carne dañada y dañosa, pero... tan seductora como irresistible.

Madre, me quiri y la quieru  
Manque dicen que es mundana.  
Ni pueu ejala a ella  
ni a usté quieru yo matala...  
¡Ejalme moril de queo  
y queáis iguales dambas!

Esta composición forma parte del volumen «Castellanas y Extremeñas» y es una de las más bellas del libro.

#### LA GALANA.

Lo que la oveja en la «Tragedia de Ensueño», de Valle-Inclán es la cabrita en la composición de Gabriel y Galán: nodrizas de dos criaturas de pecho sin nadie que las amante. Prosa una cosa y verso otra, no se sabe cuál de las dos es más poesía. Oveja y cabra, casi materialmente humanizadas.

... Y si el viento le hiere el oído  
con rumores de llanto de niña,  
corre al chozo balando amorosa,  
se encarama en la pobre tarima  
se espatarra temblando de amores,  
se derrienga balando caricias  
y le mete a la niña en la boca  
la tetaza henchida  
que derrama en ella  
dulce leche tibia.  
¡Qué lechera y qué amante la cabra!  
¡Qué robusta y qué sana la niña!

Egloga triste que tiene por escenario el campo en flor. ¡Se fué para siempre la que calentaba el chozo y ahora está frío! ¡La cordera más querida del pastor viniendo a robarla la muerte! Su dolor: la corderilla sin madre... Está siendo el entierro del sol, y cuando la tarde platea, y las cosas callan sobrecogidas, y el lucero vespéral sale a brillar en el cielo, sube de punto la tragedia.

¿Serían los lobos?  
¿Algún hombre perverso sería?  
Una tarde la cabra galana,  
la amante nodriza,  
se arrastraba a la puerta del chozo  
mortalmente herida.  
Allá dentro sonaron sollozos,  
sollozos de niña  
y un horrible temblor convulsivo  
agitó a la expirante cabrita,  
que luchó por alzarse del suelo  
con esfuerzo de angustia infinita.  
Y en un último intento supremo  
de sublime materna energía  
que arrancó doloridos acentos  
de la cencerrilla,  
en un largo balido amoroso  
¡se le fué la vida!

Y los últimos seis versos, guirnalda roji-blanca afirmada en las sienes del Ángel:

Ni leche de ovejas,  
ni dulces papillas,  
ni mimos ni besos...  
¡Se murió la niña!  
¡Esta vez quedó el crimen impune!  
¡Esta vez no brilló la justicia!

Valle-Inclán y Gabriel Galán han coincidido en el mismo humano. Prosa de alta calidad la «Tragedia de Ensueño» y verso inspiradísimo «La Galana», no se sabe cuál de las dos cosas es más poesía.

PUYOL.



# ELISEO RECLUS

## EN BELGICA



En 1894 hasta su muerte, Eliseo Reclus residió en Bélgica. Durante diez años, de 1894 a 1904, aparte algunas cortas estancias en otros países (viajes de documentación, participación a Congresos, o bien conferencias) Eliseo Reclus habitó sucesivamente los domicilios siguientes: 39, rue de la Croix, en Ixelles; 22, rue Villain Quatorze; 27, rue du Lac y de nuevo en la rue Villain Quatorze, esta vez en el número 26. Tuvo de vez en cuando descansos forzados en Knocke-sur-Mer y en Thourout.

Fué en la noche del 3 al 4 de julio de 1905, en Thourout, entre Brujas y Ostende, cerca de las costas del litoral de Bélgica, donde se extinguió Eliseo Reclus, arrebatado por una angina de pecho, que desde hacía tiempo no cesaba de molestarle. El mal empeoró y el fin fatal se produjo, a pesar de toda la solicitud y los cuidados que le rodearon.

Eliseo Reclus fué enterrado en el cementerio de Ixelles, al lado de su hermano Elías, muerto el año anterior. A las ocho de la mañana del día 5 de julio, sólo, según el deseo expresado por Eliseo, su sobrino Paul Reclus, hijo de Elías, le acompañó a su última morada.

«Había muy pocos curiosos; era demasiado temprano», escribía Paul Reclus a Pedro Kropotkine, el día mismo del entierro.

En un trabajo publicado el 15 de julio 1905, en el periódico «Les Temps Nouveaux», Pedro Kropotkin decía: «Con Eliseo Reclus, el movimiento obrero revolucionario del mundo entero pierde una de sus más hermosas figuras, uno de sus más ardientes, de sus más íntegros defensores, y la ciencia pierde con él uno de los que mejor sintieron y vivieron el lazo que une al hombre con la tierra entera, así como al rincón del globo donde lucha, sufre y goza de la vida.»

Quizá no sería inútil que precise las razones de la venida de Eliseo Reclus a Bruselas, puesto que me he prometido a mí mismo que intentaría contar lo que fué su vida en Bélgica.

En 1886, Eliseo Reclus se inscribió como colaborador de la «Sociedad Nueva», revista que fundara y dirigiera con rara competencia Fernando Brouez. Ya con esta colaboración, anudó Reclus sus primeros lazos con Bélgica.

Pienso escribir un día la historia de esta Revista. lo que fué esta «Sociedad Nueva», cuyo centenar de números aparecidos ofrecen un magnífico conjunto de una riqueza de documentación extraordinaria, donde fueron consignados, en artículos de real interés, el pensamiento y la evolución de las ciencias sociales, de las letras y de las artes, desde los años de fin de siglo, hasta los comienzos de la primera guerra mundial.

Mas debo señalar la publicación, en 1889, editado por Hachette, del libro del sabio León Mechnikoff, «La civiliza-

ción y los grandes ríos». Eliseo Reclus recibió el manuscrito de su amigo, poco antes de la muerte de este gran filósofo, nacido en Petersburgo en mayo de 1838.

Eliseo Reclus se encargó de editarlo y escribió el prefacio. He aquí las líneas que terminan la presentación de esta admirable obra:

«Sabemos que si nuestros descendientes deben alcanzar su elevado destino de ciencia y de libertad, lo deberán a su acercamiento cada día más íntimo, a la incesante colaboración, a esta ayuda mutua de la que nacerá poco a poco la fraternidad. Es con un sentimiento de vergüenza como, después de tantos siglos empleados en la obra de civilización, aún oímos voces celebrando los «hombres providenciales», o los «gobiernos fuertes», presentándolos como los educadores de los pueblos. La historia se cuida de desmentir estas teorías de esclavos y nos prueba cómo, incluso en el seno de los más atroces despotismos, la vida sólo ha podido mantenerse por el trabajo coordinado de todos los miembros del cuerpo social. Este libro lo demuestra, y es por esto por lo que yo lo presento al público, sintiéndome dichoso por la misión que me confiara el amigo».

Pero se produjo un hecho nuevo: en el curso del año 1892, el Consejo de la Universidad Libre de Bruselas, nombró catedrático a Eliseo Reclus, invitándole a venir a ocupar en esta Universidad la cátedra de Geografía comparada.

Si esta elección honraba a la Universidad, significaba igualmente el reconocimiento del valor incontestable del hombre, del sabio, del geógrafo universalmente reputado. Fué todo esto, por lo demás, lo que le salvó cuando, prisionero de los Versalleses, fué entregado a la injusticia de políticos sin conciencia, que inauguraron, al día siguiente de la derrota de la Commune de París, la era de estas nuevas Repúblicas de camaradas.

Es sabido que se produjo una protesta universal firmada por sabios y literatos ingleses y expedida de Londres el 30 de diciembre 1871, salvando a Eliseo Reclus de la deportación a la cual le había condenado, el 15 de noviembre 1871, el Consejo de Guerra permanente de la Primera división militar que funcionaba en Saint-Germain-en-Laye, por su participación en el movimiento insurreccional de París.

Por decisión del 15 febrero 1872, la pena fué conmutada en diez años de destierro. Eliseo Reclus fué, después de siete meses y medio de detención, transferido a Versalles y a París, y en seguida dirigido hacia Suiza, en un coche celular, las esposas en las manos.

Fué en los pontones de Brest, a los que había sido llevado, donde se encontraba Eliseo Reclus. Estaba corrigiendo las pruebas del segundo tomo de «La Tierra», pruebas que le traía su amigo Emilio Templier. En esos pontones, según cuentan, «organizó una escuela para sus camaradas, enseñándoles la lectura, la geografía, el inglés, preparándolos así para las duras necesidades del exilio».

En 1875, en Clarens, adonde se había retirado y donde permaneció hasta 1890, Eliseo Reclús empezó su «Geografía Universal». Ella debía comprender 19 volúmenes, de cerca de 1.000 páginas cada uno. Esta monumental obra fué terminada en Sèvres, a su regreso en Francia, localidad donde se instaló.

En Sèvres Eliseo Reclús escribió el prefacio del libro de Pedro Kropotkin «Palabras de un rebelde». P. Kropotkin, desde hacía dos años y medio, se encontraba en Clairvaux por agitación revolucionaria. Eliseo no vaciló en manifestar una completa solidaridad con su amigo, reuniendo bajo el título «Palabras de un rebelde» los artículos publicados por Kropotkin en el periódico «Le Revolté» de 1879 a 1882. Presentó con un prefacio esta recopilación a sus lectores, prefacio del que reproduzco algunas líneas a continuación:

«No es en la elección de nuevos maestros donde se encuentra la salvación. Precisa que nosotros, anarquistas, enemigos del cristianismo, recordemos a toda una sociedad que se pretende cristiana, estas palabras de un hombre de la que ella ha hecho un dios: «No llaméis a nadie: ¡Maestro! Maestro!» Que cada uno sea el maestro de sí mismo. No os volváis hacia las cátedras oficiales, ni hacia esta ruidosa tribuna, en la vana espera de una palabra de libertad. Escuchad mejor las voces que surgen de abajo, aunque ellas deban pasar a través de las rejas de un calabozo».

Desde Ars-en-Ré, con fecha del 1 agosto 1892, Eliseo Reclús dirigió a Mr. Graux, administrador-inspector en el Consejo de Administración de la Universidad de Bruselas, esta carta:

«Le ruego transmita usted a los señores miembros del Consejo de la Universidad Libre de Bruselas, la expresión de mi reconocimiento por el gran honor que acaban de conferirme, al nombrarme catedrático de la Facultad de Ciencias.

Si estos señores no objetan nada a ello, sería mi deseo comenzar mi curso de geografía comparada en las primeras semanas del año 1894, después de terminar la obra en que estoy trabajando.

Les ruego acepten, señores, la seguridad de mis sentimientos respetuosos.—Eliseo Reclús.—28, rue des Fontaines. Sèvres.»

Pero vino el día en que las autoridades universitarias, en lugar de fijar la fecha de apertura del curso de geografía de Eliseo Reclús, decidieron, en su sesión del 30 diciembre 1893, aplazarlo indefinidamente.

Eliseo Reclús se enteró de este aplazamiento por los diarios. En lo que a los señores periodistas concierne, se permitieron comentar de forma poco agradable esta noticia.

Eliseo Reclús, con fecha 5 de enero 1894, se dirigió a Mr. Graux, rogándole le hiciese conocer su situación real vis a vis de la Universidad. He aquí la carta de Reclús, que transcribo íntegra, porque ella está llena de enseñanzas:

«Ignoro, escribía Reclús, si esta noticia es exacta. Tengo derecho a dudarlo, hasta que no haya recibido de usted un aviso oficial anunciándome que, después de haber sido invitado a dar el curso, me condenan ustedes a diferirlo. Espero asimismo, señor, que si esta decisión ha sido tomada, tendrá usted la amabilidad de decirme cuáles son los considerandos que la ilustran. Comprenderá usted perfectamente que me interesa saber si el aplazamiento de mis conferencias ha sido acordado por motivos que significan una censura contra mí, o por razones absolutamente extrañas a mi persona. Mi dignidad, que es la de uno de sus colegas, debe interesarles de forma principalísima.»

Para acusar el golpe, verosíblemente, Eliseo Reclús escribió bajo su nombre, los títulos que le fueron conferidos, por la propia entidad: profesor de la Universidad de Bruselas.

Este «incidente Reclús», el conde Goblet d'Alviella, profesor de la Universidad, antiguo rector, en su obra «La Universidad de Bruselas», en la parte que historia su tercer cuarto de siglo (1884-1909), lo relata con muchos detalles

y, preciso es reconocerlo, con perfecta imparcialidad. Incluso no vacila en reconocer y en escribir que el año 1893 ha marcado «con una piedra blanca» los anales de la Universidad.

En efecto, eran los recientes atentados de los anarquistas, la bomba de Vaillant en el hemiciclo de la Cámara francesa, con gran emoción de la opinión pública; el hecho de que un miembro de la familia Reclús fuese sospechoso de complicidad y el que, además, una apología del movimiento anarquista hubiese sido distribuida en los corredores de la Universidad, lo que determinó al Consejo de la misma a ser prudente, aplazando «sine die» la apertura del curso, pese a la oposición del rector, añadía el Conde Goblet d'Alviella.

Y he aquí la respuesta que fué enviada a Eliseo Reclús por el Administrador-Inspector: «Los cursos consagrados a la enseñanza de las ciencias sociales están ahora abiertos al público. No se exige a los que asisten a ellos ni inscripción, ni carta de entrada. El suyo reuniría sin duda un auditorio muy numeroso, y, en las circunstancias actuales, podrían mezclarse a la multitud, atraída por su ciencia y su renombre, ciertos grupos que se entregarían a manifestaciones de simpatía o de hostilidad, inspiradas por móviles extraños a sus lecciones. Para evitar hechos de esa naturaleza, que perjudicarían a la vez la dignidad de su enseñanza, el Consejo de Administración ha tomado la resolución que tengo el honor de comunicarle.»

Inmediatamente después del reingreso en cursos de año nuevo, los estudiantes empezaron a agitarse. El 7 de enero, una de las numerosas sociedades estudiantiles, el Círculo Universitario, votó un «Orden del Día» en el cual «lamentando la herida infligida al principio del libre examen, por el aplazamiento indefinido de los cursos del Sr. Reclús» pedía al Consejo la concesión de una sala de la Universidad, «para organizar este curso al margen de la participación de las autoridades académicas».

Este acto de rebeldía debía desencadenar un hermoso tumulto: el Consejo de la Universidad se sintió ofendido por este «Orden del Día»...

Convocados por el Secretariado, el 11 de enero, los tres presidentes firmantes de este acuerdo, se les exigió que retiraran el envío de la carta dirigida al Consejo. Ellos dijeron que plantearían el caso a sus Círculos. Estos aprobaron la manera de ser de su presidente y constituyeron un Comité de protesta que votó el envío de una comunicación a Eliseo Reclús, deplorando el ataque hecho «a la libertad de la enseñanza y a la libertad de la ciencia».

Esto desencadenó la gran trifulca. La Prensa tomó cartas en el incidente. Los estudiantes fueron amenazados de medidas disciplinarias. El ambiente de guerra que se incubaba, explotó: discursos y resoluciones inflamadas salieron a la luz pública. Una moción, firmada por 18 rebeldes, sirvió de estandarte de la revuelta. La crisis entre estudiantes y profesores se había producido.

Pero los acontecimientos se precipitaron. Ordenes imperativas por parte de los académicos fueron dirigidas a los firmantes de un «Orden del Día» adoptado entretando por los delegados de 17 círculos estudiantiles.

Estos 38 rebeldes fueron, pues, convocados sucesiva e individualmente, amenazándoles de que no serían admitidos en los cursos de la Universidad, si persistían en su actitud. Se llegó hasta a advertir a los padres de estos hechos, solicitando su concurso para reducir a los rebeldes.

La disciplina, sin la cual ninguna institución puede mantenerse; la disciplina, fuerza de los ejércitos, estaba en peligro, y con ella la autoridad del cuerpo profesoral.

Pero la ruptura del Consejo con el rector tuvo lugar. Por su parte, G. de Greef no reconoció la competencia del Consejo en la materia «viendo romperse sin sorpresa los lazos que le unían oficialmente a la Universidad».

Héctor Denis, invitado a ejecutar la decisión del Consejo, prefirió presentar la dimisión, dirigiendo al mismo esta carta, de un tono digno poco común:

«Bruselas, 11-5-1894.

Mis queridos colegas,

Me confiaron ustedes el rectorado en circunstancias excepcionales; me apliqué con abnegación a pacificar los espíritus y a restablecer la armonía. Un nuevo incidente, que no ha estado en mi poder el evitarlo, coloca de nuevo a nuestra querida Universidad en una situación grave. No he dado mi adhesión a las medidas adoptadas por el Consejo de Administración, con vistas a poner un fin a la situación creada. Debo declararles que mi conciencia no me permite contribuir a la ejecución de esas medidas. Con el corazón lleno de amargura pongo en sus manos el mandato que me hicieron ustedes el gran honor de confiarme.

Reciban ustedes, etc.—Héctor Denis.»

Tales sacrificios son tan raros, que siento agrado en destacar el de este hombre, que se inscribe como timbre de gloria en la vida del que tuvo la dignidad de realizarlo. Algún tiempo después, Héctor Denis y Guillermo de Greef, solidarios con Eliseo Reclús, víctima de una injusticia, presidieron con él la fundación de esta Universidad nueva, llamada Instituto de Altos Estudios, al cual consagraron los tres lo mejor de su tiempo.

Pero los incidentes a los que he aludido antes, estaban lejos de haber terminado.

A los firmantes de la protesta pronto se unieron 246 estudiantes que se solidarizaron con sus compañeros. La revuelta contra las autoridades no cesaba de crecer, para, desgraciadamente, extinguirse pronto como un fuego de paja, pues de los 38 primeros firmantes convocados ante el nuevo rector, 22 entregaron una declaración que fué aceptada como satisfactoria en el espíritu y en la forma; los otros seis restantes fueron excluidos de la Universidad, con doce otros firmantes solidarios.

Al recomenzar los cursos en la Facultad de Filosofía, un centenar de estudiantes, agrupados en los corredores, acogieron al profesor Vanderkindere con protestas. Inmediatamente se exhibió un aviso suspendiendo el curso.

Pero la Unión de los ex estudiantes, con fecha del 21 de

enero, decide sobre una proposición de Emilio Vandervelde:

«La Unión dará su apoyo material y moral al curso de Eliseo Reclús, y designa seis delegados al Comité organizador». Se produjeron después largas y vivas discusiones, con votaciones sobre cuestiones previas, seguidas de una votación hecha en condiciones irregulares, tanto, que la legalidad de toda esta procedura fué discutida, mientras se conocían las opiniones de Paul Janson, Emilio Feron, Broquet, Hermann, Pergameni, Paul Heger. La reanudación de los cursos fué anunciada para el 13 febrero. El Consejo decidió que la reinscripción sería acordada a todos los estudiantes excluidos que se presentasen al Secretariado de la Universidad. Esta formalidad, de carácter administrativo, dejaba a los estudiantes libres de sus opiniones, parecían afirmar.

Así el respeto al orden y a la disciplina puesto en salvo, el combate terminaba por falta de combatientes. Los excluidos se reinscribieron, salvo uno, irreductible, que no compareció más a los cursos.

Parece un poco extensa la narración de este episodio, pero era indispensable, tanto para comprender la indignación que se apoderó de la juventud ante el anuncio de la negativa opuesta a la demanda del curso de Eliseo Reclús, como para darse cuenta, según explicara al conde Goblet d'Alviella, que ella marca «una fecha importante en la historia de la Universidad».

Por lo demás, la verdad, aclarando un punto histórico, nos hace aún más bella y más noble la vida del hombre que fué Eliseo Reclús.

Este, por su parte, no tomó muy a lo trágico la nueva situación que se le creaba; por el contrario, lo tomó filosóficamente, y lo sabemos a través de una carta por él dirigida a Ch. Perron, con fecha del 6 enero 1894, y en la cual él cuenta a este amigo lo que le está ocurriendo:

«Podría sentirme ofendido, pero he tomado la resolución de encontrar esto divertidísimo, y lo es, en efecto. ¡Puedo decir que he adquirido una buena dosis de experiencia a lo largo de mi vida.»

HEM DAY.

(Trad. F.M.)

(Continuará.)



Terminado el magnífico libro de Ricardo Mella, «*IDEARIO*», en el que aparecen condensados el pensamiento y la obra del más profundo de los pensadores anarquistas españoles, «*CÉNIT*» se honrará publicando en folletón encuadrable

### « CRÍTICA ANARQUISTA

#### DE LA SOCIEDAD ACTUAL »,

por el Profesor J. OITICICA

Ilustre escritor libertario brasileño, animador de «*AÇAO DIRETA*», de Río de Janeiro, y una de las figuras más destacadas e interesantes del Movimiento anarquista de la América Latina.

### « CRÍTICA ANARQUISTA

#### DE LA SOCIEDAD ACTUAL »,

Directamente traducido del portugués al español por nuestro colaborador Vladimir Muñoz, formará un pequeño volumen esmeradamente presentado, que puede servir para la propaganda de nuestras ideas en los medios intelectuales abiertos al idioma hispano.

### « CRÍTICA ANARQUISTA

#### DE LA SOCIEDAD ACTUAL »,

es un pequeño gran libro, síntesis de la actitud del anarquismo filosófico y del anarquismo militante ante la injusticia y el desorden del mundo en que vivimos.

todo lo estatuido de cuantos están en el mundo por el placer de hacer la pascua al prójimo, si este prójimo no es de los consagrados por los prejuicios de casta, de doctrina y de conducta.

La ciencia no condena ni absuelve; Cristóbal de Castro dice una majadería cuando afirma lo segundo y supone que la declaración de irresponsabilidad pone al delincuente en la calle y en libertad de seguir dañando a sus conciudadanos. La dice mayor cuando establece la indefensión de la sociedad.

El determinismo está de tal modo establecido y comprobado, no sólo en la ciencia de hoy, sino también en la ciencia de ayer, que ponerlo en duda equivale a declararse incapaz de ciencia y conocimiento. Ante la Naturaleza, antes las leyes físicas, no hay, no puede haber más que acciones resultantes de una ecuación entre los factores medio social y medio individual, entre todo lo que constituye el mecanismo universo. Cada cosa sucede por motivos que están en el sujeto y alrededor del sujeto. No hay fatalismo, sino concurrencia de causas, determinismo, variable hasta el infinito, de motivos. Cada cosa está sucediendo en cada momento. Hablar de castigos y de penas es un anacronismo muy del agrado leguleyos y de filisteos.

Pero, ¿de dónde saca la filosofía barata que en virtud del determinismo ha de absolverse al que roba y al que mata, quedando indefensa la sociedad?

Socialmente, todo hombre obra como si fuera dueño de sus actos; de ellos es responsable ante sus semejantes. Por lo menos, tienen las sociedades el derecho de guardarse y defenderse de todo cuanto les daña. Y cuando la ciencia enseña que la libertad de nuestros actos es una ilusión, la sociedad viene obligada a preservarse del talión atávico, de la aplicación de penas y castigos que suponen la maldad voluntaria, aun cuando, naturalmente, continúe defendiéndose de todo género de actos antisociales. El cómo y cuándo de esta defensa no es aquí lo esencial.

Mientras la sociedad es una convención contraria a la Naturaleza, según reconoce el mismo Cristóbal de Castro, la ciencia es una convención, o más bien se funda en convenciones, de acuerdo con la Naturaleza. El determinismo es, pues, de orden natural; está en todas las cosas; en las grandes y en las pequeñas. ¿Se pretenderá que el Derecho con sus categorías desconocidas en la Naturaleza, sea algo más que un forzamiento, que una imposición, que una violencia al orden natural de todas las cosas? Por vivir fuera de él, la convención social es abusiva y el Derecho una disciplina arbitraria que los poderosos imponen a los desheredados.

En fin de cuentas, todavía hay de parte del determinismo una moral social que escapa a la penetración de los togados. La moral de los códigos y de las leyes es una moral de malvados. Supone, reconoce las mayores monstruosidades voluntarias. El libre albedrío, en que se fundan, nos hace pensarlos capaces de los más grandes horrores. Cada hombre piensa de otro que es una fiera. Cada uno está pronto a serlo. Herencia, educación, medio social, todo concurre a este fin. Tenemos una moral de bandoleros.

El determinismo implica el mal involuntario. Cada monstruosidad social corresponde a una monstruosidad física o psíquica. Cada hombre puede pensar a su semejante contrahecho, enfermo, loco, lo que fuere, menos malvado. Cada hombre aprende a eslimar así a los otros hombres, sus iguales; a compadecerlos si le son inferiores por deformaciones físicas o psíquicas. Cada uno está propicio al bien, a los sentimientos nobles. La herencia, la educación, el medio social deberían y podrían concurrir a este fin. Tendríamos una moral de hombres.

Pero, ¿cómo meter estas cosas en las duras molleras alburadas de códigos, de leyes, de reglamentos, a las que basta citar a Lombroso por rutina y leer un par de libros por curiosidad? Sería una contradicción con el determinismo que detestan y del cual son esclavas sin redención posible. De nacimiento están condenadas a rumiar cosas caducas y a musitar canciones bárbaras. Y a odiar todo lo que sea ciencia, humanidad, amor, porque son por dentro la bestia de los siglos con el barniz exterior del hombre civilizado.

Entre los inconvenientes de la filosofía barata, no es el menor el de desbaratar sin tino. Parapetada en todos los prejuicios de casta, en todas las ñoñeces universitarias, ni en hipótesis admite la posibilidad de redención para la humanidad. Las voces de la ciencia, son voces en desierto. Las apelaciones humanitarias, ennoblecedoras, generosas, delirios utópicos. El hombre fiera es la obsesión de la bestia legalista y patibularia; es el prejuicio escolástico; es la herencia historicista; es la maldición que persigue a la especie y la degrada y la deshonra.

Más allá de esas ranciedades, quiera que no la filosofía cara o barata, hay razón, hay sentimiento, hay lógica, hay ciencia. Y todo eso dice una cosa muy sencilla: que no hay efecto sin causa.

(Acción Libertaria, núm. 10, Madrid 25 Julio 1913.)

## VIDA ESPAÑOLA

Las dos Españas .....	169
Por la cultura .....	173
Para la burguesía española. — Consejo de adversario .....	175
Monografías regionales .....	178
Andalucía .....	178
Cataluña .....	181
El Norte y el Noroeste .....	184

## HOMBRES REPRESENTATIVOS

La muerte de Pi y Margall .....	187
Costa .....	189
Anselmo Lorenzo .....	190
Una vida ejemplar .....	191

## TRABAJO POLEMICOS

Una opinión y... otra opinión .....	193
Dos conferencias. — Maezlu y Alomar .....	196
Hambre y lascivia .....	199
Ficciones y realidades .....	200
El peligro anarquista .....	202
El cerebro y el brazo .....	206
Inconvenientes de la filosofía barata .....	208
Lecturas. — Dos libros .....	208
«César o nada», novela de Pío Baroja .....	208
«El porvenir de la América latina», por M. Ugarit .....	208
Obras de Augusto Dide .....	208

**VIOLENCIA**

Sembrando la muerte .....	85
Voces en desierto .....	87
Justicias y justiciables. — El caso de Sancho Alegre .....	89
Ideas y realidades .....	91
Salvajismo y ferocidad .....	95

**LIBERTAD Y AUTORIDAD**

Inutilidad de las leyes .....	98
Psicología de la autoridad .....	99
Libertarios y autoritarios .....	100
La esencia del poder. — Las dictaduras .....	102

**ENSAYOS FILOSOFICO-LITERARIOS**

La tristeza de vivir .....	104
Pequeñas cosas de un pequeño filósofo .....	107
Los colos cerrados .....	110
Diálogo acerca del escepticismo .....	112
Ni pesimistas ni optimistas .....	115
La razón no basta .....	116
La visión del porvenir .....	118

**IDEAS ICONOCLASTAS**

La bancarrota de las creencias .....	121
¡Basta de idolatrías! .....	125
Primero de Mayo .....	126
13 de octubre de 19. ....	127
Más allá del ideal .....	128
Cosas muertas .....	130

**MORAL**

Pesantez de la inmoralidad .....	132
Moral de ocasión .....	133
Primos y vivos .....	135
Sinceridad .....	137

**TEMAS SOCIOLOGICOS**

La hipóbole intelectualista .....	140
La lucha de clases .....	144
Señales de los tiempos .....	146
Sociologismo agotado .....	147
Liberalismo e intervencionismo .....	149
De la justicia .....	151
Error central del poderío de las naciones .....	152

**PEDAGOGIA**

El problema de la enseñanza .....	155
¿Qué se entiende por racionalismo? .....	159
Cuestiones de enseñanza .....	162
El verbalismo en la enseñanza .....	166

**LECTURAS****DOS LIBROS**

Llegaron hasta mi reliro forzado, un arisco rincón de Asturias, por la bondad de sus autores, Sánchez Díaz y Ciges Aparicio.

«Odios» rueda hace ya bastante tiempo por los escaparates de las librerías. «Del cautiverio» empieza ahora la peregrinación en busca de lectores. ¡Lectores! Esa es una de las muchísimas cosas que faltan en España, aunque para libros como los dos que cito no será en la proporción lamentable que es uso y costumbre en esta desdichada tierra de toreros y frailes. Ni por lo uno ni por lo otro pretendo descubrir el Mediterráneo.

No voy a hablar de esas dos obras en son de crítica. Cosa fácil para los que poseen cierta dosis de erudición a la violeta y unas buenas tijeras para cortar sayos al prójimo, es empresa morrocotuda para los que ni aun eso tienen, como yo. Declaro además, de antemano, que en literatura estoy completamente pez y renuncio, por tanto, en un arranque de generosidad bien meditada, a la mano de la Dulcinea.

Por tardío que sea mi recuerdo para el libro de Sánchez Díaz, ha dejado tan profunda huella en mi ánimo que ni el tiempo ni la distancia han de aminorar su intensidad.

Sánchez Díaz es un artista de médula, que siente y piensa hondo, que sabe penetrar en las escabrosidades de la vida. Es además un alma bien templada, apta para las vibraciones de la bondad, dispuesta siempre a la justicia.

**Lif**, el noble **Lif**, que se inquieta, que aulla porque en medio de la nocturna tempestad un perrito ladra a la puerta que no se abre, mientras el amo de **Lif**, pintor y poeta rodeado de flores y de riqueza, exclama:—«¡Vamos, **Lif**, ya te abrirán!...», era, como dice Sánchez Díaz, toda una conciencia, toda una conciencia de que carecen muchos hombres, indignos de que vivan y de hacerlos vivir.

«Entre lobos» es un episodio dramático, fuertemente sentido, hermosamente descrito. Allí vibra todo nuestro tiempo de luchas sociales. La huelga que surge espontánea provocada, más que por la crudeza del invierno, por la bárbara crueldad del administrador de la fábrica, que agarra por el brazo a la débil obrera y la arroja del taller a empujones; el hijo amante que, encolerizado, enarbola sobre la cabeza del jefe el igneo hierro; las mismas mujeres que le detienen; aquella voz terrible que

domina a la multitud gritando:—«¡Dejadle; tiene razón!»; levantan en el pecho oleadas de huracán, enardecen la sangre y suscitan anhelos vehementes de reparación y de justicia. Y después la leyenda infame, el galeote que se ceba en la mujer y en el hijo y los persigue, los acorrala, los anonada; la reacción de la miseria que muere en la carne hambrienta de dos seres sin ventura; la obra espantosa de las mismas gentes de bien, sumándose a la canalla enriquecida, de los mismos que **viven del horror de su trabajo inmenso y de la injusticia de la miseria**; el golpe final de los propios huelguistas que maldicen a la víctima, escarnecen al hijo heroico porque el hambre les hurta en el estómago, es un cuadro de abrumadora realidad que clama a grandes voces odio, destrucción, aniquilamiento... La pobre madre loca a los linderos de la desesperación trágica. «Todos, todos son unos cochinos...» Pero a la mañana siguiente suena la sirena de la fábrica y allá van los hambrientos a rendirse en bandadas de esclavos; la pobre mujer también, alborozada por que cree alcanzar el término de su martirio. Pero falta el último suplicio, la crucifixión inica. Ella, ella sola, no puede pasar; no hay trabajo para ella ni para su hijo sin implorar previamente el perdón de don Antonio. ¿Perdón? Fuego que consuma en llamas horribles de justicia social la iniquidad triunfante.

Como **Lif**, como «Entre lobos», descuellan vigorosamente «El héroe» que va de cabeza a la miseria porque no quiere, porque no puede votar; «Rodríguez», el empleado infelice, borra-cho, loco por la estupidez oficinesca, que mata en la explosión terrible del odio almacenado; «El rencor», página hermosa y valiente en que se narra la esclavitud aplastante del campesino sometido al cura, que ni aun la libertad de condenarse, de ir al infierno, le deja; todo el libro, en fin, se lee y se relea de un tirón porque su autor puso en él vida, alma, fuego, gritos formidables de justicia, de tremenda justicia.

No estoy fuerte en lances de amor. Mi vida se ha deslizado lejos de la irrupción de las pasiones atropellantes y por eso al recordar el libro «Odios» no hice especial mención de las páginas que Sánchez Díaz les dedica. Creo, no obstante, que hay en «En juez», «Los ojos», «Mal agüero» y no digo más para no citar todas las partes del libro, fina penetración psicológica, mucho arte en el sentir y en el decir, y que, sobre todo, campea en estos trabajos, como en los otros, vigorosa realidad interpretada por un alma de artista y una cabeza de pensador.

«Odios» tiene mi pobrísimo humilde aplauso, como lo tiene cuanto me hace sentir, alma el bien y aborrecer el mal. Soy todo pueblo en materia de arte, como en otras muchas cosas. Y hasta creo que sobran casi siempre las quintas esencias del saber y del hacer, enemigos del pensar bien y obrar mejor.

Y vamos ahora al otro libro, «Del cautiverio» nos dice muchas cosas que sabemos, mejor dicho, que adivinamos. ¡Tarea difícil hablar de lo que conoce todo el mundo! Los horrores de la cárcel, del presidio y de otros antros, que circulan por ahí

## INDICE

	Pág.
Prólogo, por Felipe Alaiz .....	3
El socialismo anarquista .....	5
La cooperación libre y los sistemas de comunidad .....	12
El principio de la recompensa y la ley de las necesidades .....	19
El trabajo, ¿es una necesidad fisiológica? .....	25
Significación práctica del anarquismo .....	27

### CRITICA SOCIAL

La fórmula 606 .....	29
Literaturas bélicas .....	30
Proceso sumarísimo .....	32
Ciencia oficial de criminología .....	32
Los que imperan .....	34
La limosna de un día .....	35
La espuma .....	37
Regimentación y naturaleza. — La obra de la civilización .....	38

### EDUCACION LIBERTARIA

Por los bárbaros .....	41
Idealismos culpables .....	45
Revolucionarios, sí; voceros de la revolución, no .....	48
La gran mentira .....	49
Centralismo avasallador .....	51
Resabios autoritarios .....	53
La sinrazón de un juicio .....	56
Alrededor de una antinomia .....	57
Las viejas rutinas .....	59
Como se afirma un método .....	61

### TACTICA

Labor fecunda .....	63
Vota, pero escucha .....	66
Cuestiones de táctica .....	67
Táctica libertaria .....	71
Como se lucha .....	73

### EVOLUCION Y REVOLUCION

Evolución política y evolución social .....	76
Los grandes resortes .....	80
Las revoluciones .....	82

No habla en él el partidario; habla el crítico, el hombre de estudio. Diríamos mejor si dijéramos que son los hechos mismos los que hablan con incontestable elocuencia.

Nuestro amigo Prat ha prestado un buen servicio al libre pensamiento traduciendo «La leyenda cristiana».

(*El Libertario*, núm. 19, Gijón 14 Diciembre 1912.)

como leyenda, adquieren en este libro el rigor de la verdad dicha sin rodeos, de la verdad espantosa en medio de la cual se ha vivido atormentado, torturado, próximo a la anulación moral y a la muerte física.

El que dude de Montjuich y de la Mano negra, de todos los horrores de nuestra triste historia y de nuestra triste actualidad correccional, de iniquidades de la justicia organizada, de venganzas de la política; el que dude de las abominaciones de la cárcel, de las prevenciones, de nuestra dominación gubernamental en la Isla de Cuba, etc., que lea este libro que chorrea sangre y pus sobre toda la inicua organización social en que vivimos.

«Del cautiverio» es la relación palpitante de dos años largos vividos en medio de horrores y crueldades. No hay novela, no hay leyenda, no hay fantasía; hay realidad y verdad que brota de los escuétos párrafos formidables, aterradora. No abuso del adjetivo. Fáltanle a veces al autor palabras adecuadas a las tremendas abominaciones que presenció. Ocurríale que deja al lector adivinación de cosas que se resisten a toda figuración escrita. ¿Y cómo no, si los hechos rebasan toda concebible crudeza de la pluma?

No se crea, por lo dicho, que hay en el libro de Ciges Aparicio enfemismos, medias tintas, nebulosidades cobardes. Por el contrario, hay claridad, precisión. Es una obra rectilínea que presta un gran servicio a la causa de la justicia con la evidencia descarnada del mal. La leyenda anarquista o carcelaria pasa, por virtud de este libro, a ser historia.

«Del cautiverio» tiene un valor indiscutible: el de que su contenido es siempre, invariablemente, relato verdadero y preciso de cosas vistas y pasadas por el propio autor. El valor literario, que lo tiene, sin duda; la autoridad política o filosófica del que dice, importa poco. Hombre y libro rinden culto a la verdad, pues basta.

Quisiera dar al lector una idea, un resumen brevísimo de lo que contiene el libro de Aparicio. Imposible. Imaginaos el pozo negro, rebotante de inmundicia, que revienta, que explota como bomba cargada de cieno; considerad todas las bestialidades de la carne, todas las dislocaciones mentales y afectivas; agregad todavía algo apocalíptico, más allá de lo absurdo imaginable, y no tendréis aún idea aproximada de este libro titilar.

No sé si habrá quien pueda leerlo con calma; tan fuerte y tan dolorosa y tan irritante es la sensación del mal que produce su lectura. «Del cautiverio» es, por esto mismo, una obra revolucionaria que debe leerse y que recomiendo a las almas cándidas que viven en el limbo de las bienandanzas políticas, jurídicas y gubernamentales. ¡Ah! Y también lo recomiendo a los egregios genios de la hilaza de aquel que se salvó en el naufragio de la fe de Ciges Aparicio, a aquellos que viven perpetuamente en la puerilidad del distinguo académico o en la inocencia engatusante de pasmar al respetable público con sus cabrioladas literarias y filosóficas.

Conste, si fuere necesario, que no lo es, que no conozco ni al señor Sánchez Díaz ni al señor Ciges Aparicio; que jamás he cruzado con ellos una sola palabra hablada o escrita. Si acaso se me tachara de exagerado en el aplauso, sépase que si aquello hubiere ocurrido, tal vez mi pluma no discursiese ahora sobre los dos libros. La amistad o el simple conocimiento me torna parco, cuando no mudo, para la simple aprobación.

Y dicho esto porque tenía necesidad de decirlo, hago punto final.

(*Natura*, núm. 3, Barcelona 1 Noviembre 1903.)

### «CESAR O NADA», NOVELA DE PIO BAROJA

Hay un prólogo. En este prólogo el autor discurre acerca del carácter de su héroe. Es un atrevimiento que me place.

Veamos si el héroe responde al prólogo o el prólogo traduce al héroe.

Pío Baroja piensa que «lo individual es la única realidad en la Naturaleza y en la vida». El resto se compone de artificios, de abstracciones, de síntesis útiles, pero no absolutamente exactas. La relatividad de la ética, de la lógica, de la justicia, del bien y del mal queda establecida en firme. No demuestra; afirma. Esto basta a sus fines.

Sin duda, por eso mismo se deja en el tintero que la vida de relación, que es de donde brotan bien y mal, ética, justicia y lógica, es tan realidad como el individuo mismo; tanto, que sin aquélla ni aun cuenta nos daríamos de la existencia de éste.

No paremos mientes en este pequeño lunar y sigamos a Baroja. «Desde un punto de vista humano—dice—, lo perfecto en una sociedad sería que supiese defender los intereses generales y al mismo tiempo comprender lo individual; que diera al individuo las ventajas del trabajo en común y la libertad más absoluta; que multiplicara su labor y le permitiera el aislamiento. Esto sería lo equitativo y lo bueno.» Y a renglón seguido establece que la igualitaria democracia actual hace todo lo contrario y que el espíritu de los tiempos es de nivelación en lo vulgar, en lo general, en lo rutinario.

Baroja habla como un anarquista, sabiéndolo a sin saberlo, primero con vistas a Nietzsche, Stirner y cuantos se han dedicado a inflar el perro individualista; y después... con vistas al sentido común.

Pues ya sabemos lo que será César: una individualidad fuerte con una idealidad revolucionaria. Porque si así no fuera, ¿a qué este prólogo que parece una declaración de principios?

Vayamos, no obstante, con cuidado porque «todo lo individual se presenta siempre mixto, con absurdos de perspectiva y contradicciones pintorescas». Y estos diablillos de novelistas son capaces de darsela con queso al más pintado.

Con estos antecedentes, pasemos a la acción. La acción es precisamente la mullellita de César.

de todas las corrupciones, de todas las villanías, de todos los engaños dorados con que la humanidad ha sellado su herencia de servidumbre y de miseria.

(*El Libertario*, núm. 1, Gijón 10 Agosto 1912.)

### «LA LEYENDA CRISTIANA»

Parécenme las cosas religiosas tan fuera de tiempo tan lejanas en la historia del mundo, que me cuesta trabajo no pequeño leer un libro sobre esa materia aun cuando su objeto sea repudiaria.

La leyenda cristiana, todas las leyendas religiosas las sitúa a enorme distancia de mi estado mental apenas me explico cómo unos cuantos millones de hombres que se dicen civilizados continúan reverenciando ídolos, tragando mitologías, fomentando devotamente ridículos cultos.

La realidad me dice, no obstante, que el hombre debe ser una gran bestia teológica cuando tan estupidamente se somete en nuestros días a los mayores absurdos y a las más chocarras mojigangas. La verdad es que las leyendas triunfan y que la leyenda cristiana prosigue siendo la inspiradora y la reguladora de la vida del mundo llamado civilizado. Pensado así, abrí el libro de Dide, superfluo para unos pocos, necesario, indispensable para muchos, sobre todo en un país como España que hace gala y tiene a orgullo comulgar con sendas piedras de molino.

El libro «La leyenda cristiana» está escrito en lenguaje liso y llano, claro y preciso. Sin apasionamientos ni exageraciones, se demuestra en él cómo la religión imperante, a semejanza de todas sus congéneres, es un tejido intrincado de novelitas, de contradicciones, de embustes. Se ha levantado, en el curso de los siglos, el artificio de la leyenda cristiana sobre las más estupendas divagaciones. Apenas se puede saber si hubo Cristo, si hubo apóstoles. Los libros que encierran la doctrina son contradictorios, de ignorado origen. Probablemente se reducen a una continua superposición de leyendas exigidas por las necesidades teológicas de los tiempos.

En fin de cuentas, lo único real es la concreción de una doctrina deprimente y de un poder aplastante gravitando sobre la humanidad dolorida. Y para esta doctrina y para este poder, fluye ya del libro de Dide la serena razón mostrando paso a paso su absurdo y su nefasta influencia. Papista o protestante, el cristianismo se ha abierto paso en el mundo derramando sangre humana a torrentes, torturando cruelmente, exterminando tirando hombres y mujeres a millares. La pretendida religión de amor ha sido en todo tiempo el azote de la humanidad.

Para los espíritus libres de la preocupación religiosa, el libro de Dide es un buen arsenal de datos, de motivos, de razones que prueban concluyentemente que el cristianismo es una leyenda. Para los creyentes y los vacilantes será, por lo menos, el juicio imparcial de un hombre que rinde fervoroso culto a la razón.

## OBRAS DE AUGUSTO DIDE

### «Juan Jacobo Rousseau (El Protestantismo y la Revolución francesa).»

Hace por ahora dos siglos que nació el gran figurante de la demagogia. Fué elocuente, fué escritor prolífico, fué genial; también fué malvado. Dió su nombre al espíritu dictatorial de las multitudes, estrechamente sectario y avasallador. La guillotina no se sació de sangre hasta que en ella cayeron los mismos jacobinos con Robespierre a la cabeza, el hombre más valiente y más soberbio de la Revolución, leguleyo endiosado y todopoderoso en el instante más trágico de aquella gran revuelta.

Francia acaba de rendir a Juan Jacobo sus fervorosos homenajes. El propio presidente de la República ha ido a inaugurar en el Panteón la tumba en mármoles artísticos del célebre ginebrino. Los escritores han hecho también sus afrendas al genio. Las damas le han llorado porque supo amar, amar mucho, amar tiernamente, olvidadas de que, el buen Juan Jacobo, arrojó sucesivamente a la Inclusa los cinco hijos tenidos con su **ama de llaves**, la infiel Teresa.

El libro de Augusto Dide es de toda oportunidad. Allí está Juan Jacobo de cuerpo entero. Alternativamente católico y protestante, amigo y enemigo de los enciclopedistas, democrata de nacimiento y aristócrata de vocación, vano y charlatán, literato sin seso, en perpetuo concubinato, neurasténico y finalmente loco, es la vida de este hombre una epopeya y una tragedia, genialidad y demencia, tal y como lo fué también aquel período terriblemente sanginario de la gran Revolución, saturado del espíritu calvinista, sectario, inquisitorial y malvado.

Juan Jacobo Rousseau no ha muerto. La democracia y hasta el socialismo son jacobinos. Las ideas radicales todas, de nuestros días, están impregnadas de jacobinismo. Los dioses tienen todavía sed. Acaso no está muy lejos otra tragedia. Anatole France, con su mágica descripción del drama acabado, nos inicia en el drama que tal vez empieza. Los dioses tienen sed, y se encierran, y se espía, y se ahorca, y se fusila, y la democracia amenaza también con la prisión, con el destierro y con la muerte a los futuros rebeldes, todo por la salud del pueblo, por la salud de las naciones, por el bien de la humanidad. Juan Jacobo preside aún nuestros destinos.

Leed, demócratas, radicales, socialistas, libertarios, leed este buen libro de Dide, que es de una acabada enseñanza, y veréis cómo de la genial, de la incomparable Revolución francesa sólo queda la peste jacobina, la peste inquisitorial traducida al lenguaje revolucionario. Leed, y que de vuestro espíritu se borren hasta los últimos vestigios de esta herencia nefasta en que el genio y la maldad se han juntado para tormento de la especie humana.

Juan Jacobo Rousseau ha sido no más la expresión adecuada

César es un muchacho imperativo, absoluto, fuertemente preocupado por el problema de la vida, y bastante enclenque. Lo que él dice o piensa no admite oposición; lo que él hace... no, lo que él no hace es completamente indiscutible. Estudiante aun, se nos ofrece como promesa de una sobresaliente personalidad. Se da planes, traza proyectos, inventa filosofías, sueña éxitos.

No sabemos por qué ni para qué el autor nos lleva de la Ceca a la Meca en un incansable desfile de gentes vulgares y aristocráticas. Viajamos sin tregua y pescamos tal indigestión de Roma, el Vaticano y el turismo que no hay purgante que nos libre del atasco. ¡Si por lo menos se nos diera una impresión de la que son Roma y la recua humana que fluye constantemente a la ciudad de los Césares y de los Papas! Pero ni eso.

Lo que sí nos hace muy bien ver Baroja es que su héroe nos engaña villanamente. César se pasa la mitad de la novela, que es como la mitad de su vida, tumbado a la larga en el tren; en el hotel, leyendo y relejendo el «Manual del bolsista», de Proudhon, y entonando infecundos himnos a la acción, siempre inactivo, siempre falto de resolución y de plan y hasta de salud y de fuerza. A las primeras de cambio, el héroe ya no es héroe; es un pobre neurasténico que aparece con cara de difunto al otro día de haberse estado refocilando con una linda Condesa y que de puro bárbaro no encuentra mejor elogio de su bella hermana que la justificación del incesto.

Verdad que nuestro hombre dice muy grandes cosas; verdad también que son más las gansadas que de sus labios salen. Aquéllas las piensa Baroja; éstas las piensa su héroe.

Cuyo héroe, después de andar de fraile en cura y de convento en iglesia a la caza de cooperadores para sus propósitos financieros, olvidado de su gran tío el Cardenal, que podía abrirle todas las puertas, se entrega al azar y acaba enganchándose a pobre diablo, poderoso cacique de un poblacho de la provincia de Zamora, que le hace diputado conservador y nos libra, ¡oh, suertel, de la lata romanesca y vaticanista.

César, el héroe, es a lo sumo un vulgar ambicioso a quien equivocadamente Baroja hace hablar alguna que otra vez como a los hombres de cuerpo entero. César no sueña más que con las timbas oficiales, con las jugadas de Bolsa, y cuando fracasa con los traficantes del catolicismo, se lanza a la política y buceará, hasta que encuentra la ocasión de estafar en gordo al amparo de una de esas vulgares tretas políticas que enriquecen a unos pocos y a muchísimos empobrecen. César es rico.

Entonces precisamente se propone realizar su gran obra, pero la grandeza no aparece por parte alguna. Se hace liberal, se mete en tratos y contratos con un raro Centro obrero de su distrito, mezcla imposible de republicanos, socialistas y anarquistas, y naturalmente empieza a restarse elementos y procurarse enemigos. El se vanagloria de haber matado el caciquismo, pero no repara que se ha erigido él mismo en gran cacique. Sus pretensiones son nada menos que el resurgimiento del país por medio de una mínima empresa de industrialismo

local, y agita estérilmente a la multitud sin ideas y por poco más de nada.

¿Que había de suceder? César es derrotado en unas nuevas elecciones; el Centro obrero, la Escuela por César fundada y unas cuantas cosas más se las lleva la trampa en forma de guardias y policías.

Pero de todo ello ya no tiene culpa el héroe. La tiene Baroja que le fuerza a representar un papel que no está ni en los moldes de su prólogo ni en los del propio carácter de César.

Baroja es un buen novelador, un novelista de enjundia, como ahora se dice; pero es tan mal político como pésimo literato, y así, su pintura de Castro-Duro, ¡pero qué lejos está el novelista de una mediana descripción de ese conflicto! Sin duda Baroja no ha vivido estas luchas, estas contiendas de la cosa pública.

Final de todo: que el héroe, casado con una mujer singular y tan bella como su bella y singular hermana, se queda prisionero de estos dos seres, mucho más lógicos que él, que viven más que él, con muchísimas menos filosofías; y termina abandonando la política, transigiendo con el enervamiento artístico, contra el que tanto despotizara, y departiendo amigablemente con su fiero adversario, el padre Martín, prior de un Convento de franciscanos.

Y concluye así la novela:

«—Y Vd., don César, ¿no piensa volver a la política?

«—No, no; ¿para qué? Yo no soy nada, nada.»

Eso es: nada; pero nada antes y nada después. Pido, por tanto, a Baroja, autor del prólogo, que me devuelva el importe de la novela; o a Baroja, autor de la novela, que me devuelva los cuartos que me costó el prólogo.

Porque el héroe ni es héroe ni responde al prólogo; y el prólogo no traduce al héroe porque no se puede traducir lo que no existe.

Gran pecado del novelador que nos promete una fuerte individualidad de carne y hueso y nos da un monigote relleno de paja.

(Acción Libertaria, núm. 11, Gijón 27 Enero 1911.)

## «EL PORVENIR DE LA AMÉRICA LATINA», POR M. UGARTE

Es este libro un llamamiento hecho por un argentino a todas las repúblicas suramericanas para que se apereban contra la política imperialista e invasora de Norteamérica, cuya superioridad industrial, política y de cultura es indiscutible.

El autor estudia el asunto con una mentalidad de político que destruye esencialmente su le socialista. Cuestiones de raza, de integridad territorial y moral, de organización pública son para tratadas por un socialista de muy distinto modo que lo hace Ugarte.

Todo el mundo tiene derecho a la existencia, anglosajón, latino o lo que fuere; todo el mundo hará bien en defenderse de cualquier ataque o amenaza a dicha su existencia. Pero, ¿hay un problema de razas? ¿Será conveniente oponerse al predo-

minio de las condiciones de una determinada sólo porque son opuestas a las de tal otra? ¿Provocaremos luchas interminables por el prurito de que prevalezca esta o aquella manera de ser de las gentes? Nosotros sólo conocemos un camino seguro para no errar: que cada cual, individuo, grupo o nación, trate de superar por el conocimiento, por el trabajo, por la cultura y por el arte las condiciones actuales de la vida. Y en este desenvolvimiento, aquellas condiciones que deban perecer, perecerán necesariamente, con o contra el imperialismo angloamericano hoy, latinoamericano quizá mañana.

Si Ugarte hubiera hecho un libro de verdadero estudio, metódico, escueto, sin pretensiones de literatura que no logra, acaso hubiese llegado a conclusiones menos vulgares y más científicas y humanas.

Pero hay en su libro demasiadas palabras y demasiadas cosas para que el lector pueda seguirle en sus disertaciones con interés.

El peligro norteamericano no hará ciertamente que la América del Sur cristalice en formas y esencias de que carece antes de que se plantee definitivamente el litigio entre los dos mundos. Aunque la América latina realizara todo el difuso programa federalista de Ugarte, no se alejaría por ello el peligro. Antes que un problema de biología social, un problema de ética, un problema de naturaleza. Primero de todo es necesario ser.

Del mismo libro de Ugarte se desprende que el porvenir de la América latina es el menos dado a predicciones y el más fácil a todo género de influencias extrañas. En constante formación, intervenida por aluviones de gentes de los cuatro puntos cardinales, no se ve sino muy distante la constitución definitiva de la población suramericana. Y ello sin tomar cuenta de atavismos y macas de raza que, en verdad, no inducen al optimismo.

La mentalidad fuertemente mercantilista y vacua de aquellas latitudes es como una muralla china en la que se estrecha toda idealidad superior; y es en vano que los Ugarte se esfuerzen por dar a sus compatriotas manjares demasiado fuertes para estómagos débiles.

Las esperanzas que el autor de «El porvenir de la América Latina» cifra en la juventud que ahora despunta, bien maltruchas quedan con el espectáculo lamentable que a la hora presente están dando la Argentina y el Uruguay con sus bárbaras leyes de excepción, su caza al emigrante sospechoso, sus deportaciones, y unas cuantas repúblicas de menor cuantía que no cesan en sus pugilatos de caudillaje, estamos por decir de banalidad política.

Con instituciones, usos y costumbres de tal jaez, si tuviéramos que decidirnos en un problema de razas, votaríamos sin vacilar por los que cuando menos tienen de la existencia un concepto superior al fulanismo ridículo del Sur.

Por lo demás, latinos o anglosajones, lo que necesitan, así en América como en Europa, es barrer con mano vigorosa toda la carcama autoritaria y parasitaria que tiene en dura servidumbre a la multitud trabajadora y desheredada.

(Acción Libertaria, núm. 16, Gijón 31 Marzo 1911.)

# HAN RYNER

## EN NORUEGA



RECUENTAMENTE se nos pregunta el origen del seudónimo de mi padre y por qué Henri Ner se volvió Han Ryner. Antes de responder a esto quiero rápidamente esclarecer este punto de historia. Profesor de Universidad en un pequeño colegio provincial, después de haber publicado muchos artículos de periódicos firmados de maneras diversas, mi padre publicó sus primeros libros, que eran novelas, con su nombre verdadero: Henri Ner. Sin duda estas obras no aparecieron absolutamente «ortodoxas» al digno principal de su colegio que, bonachonamente, paternalmente, le hizo saber que: «Algunos padres, confiando en vuestro título de profesor, pueden poner los libros de usted en las manos de sus hijos. ¿No sería conveniente que usted los firmara con otro nombre?». Entonces Henri Ner, siempre malicioso, escogió el seudónimo que, si transformaba su nombre para los ojos del lector, lo dejaba sin embargo semejante para la oreja. Y es así cómo en 1898 Henri Ner se volvió Han Ryner, nombre que nos parece convenir a la personalidad del autor y que nos parece también de él inseparable.

A la sazón algunos se asombraron de este nombre que les pareció raro. Divirtiéndose aún con la simpleza del público, la curiosidad de los críticos que sólo prestan atención a las rarezas exteriores sin ensayar de descubrir si denotan una originalidad real, Han Ryner, en el tono más serio declaró: «mi madre era catalana, mi padre era noruego». Y fué así como esta «broma» fué proclamada como una verdad e impresa por doquier. He aquí lo que podemos leer en la *Anthologie des poètes français contemporains* (Antología de los poetas franceses contemporáneos), publicada por Walch en las ediciones Delagrave, hacia 1906:

«Hasta 1898, el autor de *Chair Vaincue* (Carne vencida), firmó Henri Ner, más tarde lo hizo como Han Ryner. Ante la semejanza sonora de estos dos nombres y su igual rareza, cada uno quedó persuadido de que se trataba de seudónimos que, por capricho, el escritor modificó la ortografía al mismo tiempo que conservaba su asonancia. Sin embargo, uno y otro esconden su verdadero nombre: Hans Ryner. Su padre, de origen noruego, se llamaba Ryner, su madre, catalana, se llamaba Ner. Ha sido la unión y la mezcla de esos dos nombres que formaron los del extraño novelista, el filósofo humorista, al firmar sus obras» (1).

Han Ryner, que sabía cuan relativa es toda verdad, se divertía con este error y no lo rectificó. Pero hémos ahora todos nosotros más o menos intoxicados por la psicoanálisis. Sabemos que un lapsus desvela los pensamientos secretos y

queremos interpretar esta broma. ¿No representa escondidas aspiraciones y deseos?

En enero de 1950 Marcel Ner (2) en una bella conferencia que tituló: *De Henri Ner a Han Ryner*, mostró la unión de las dos razas en Han Ryner, los Ner conformistas, honestos, trabajadores; los Campdoras osados, sacrificándolo todo por el amor de la libertad; además, ambas razas surgidas de Cataluña; más freudiano que yo, desde el momento en que Han Ryner decía que su sola madre era catalana y hacía pasar a su padre como oriundo de un país lejano, el conferenciante veía como una rebeldía ante la autoridad paternal y una negación del padre; luego describía cómo el Sabio que fué Psicodoro, superó y sublimó estos complejos. Notemos desde luego que tal negación es del todo relativa, ya que es ese nombre de Ryner, nombre que presta a su padre, el que escogió para crearse una segunda personalidad—la más querida para el que vivió ante todo por y para su obra literaria—mientras que abandona, al contrario, el nombre de Ner que pretende es el de su madre (3).

El año último, cuando tuve la gran alegría de descubrir Noruega, me preguntaba por qué hizo su familia paternal de Noruega más bien que de otros lugares en los cuales la asociación se impondría tal vez con el apellido escogido. Durante tres semanas exploré aquel país; vosotros habréis de perdonarme, yo espero, de haber durante mis largas caminatas permitido a mi imaginación construir una teoría—que encierra sin duda una parte de verdad como toda teoría—y de querer hoy exponerla ante vosotros. La que me permitirá en todo caso al hablaros del país que yo encuentro más acogedor entre los que conozco, poner de relieve ciertos rasgos de un ser que nos es particularmente querido.

Han Ryner se dió ascendencias noruegas. ¿Y no sería que esas regiones nórdicas ejercían una atracción especial en él? ¿Y no esconde su seudónimo una nostalgia no confesada por aquellas lejanas comarcas? ¿Y no es también que en aquella tierra había reconocido rasgos que le eran queridos, rasgos que él mismo poseía y que formaban parte, sino de una herencia material, al menos de una herencia intelectual y moral?

Y desde luego la *grandeza*: A los que conocen la obra de Han Ryner no es necesario decirles la amplitud de vistas que en ella se despliega, la profundidad del pensamiento que os arrastra a veces hasta el vértigo, la grandeza del alma que se expresa en ella y que ha hecho a menudo que se le compare con Sócrates y Tolstoi, esas cimas de la humanidad.

Por consiguiente, quien penetra en Noruega se asombra en seguida por el carácter de grandeza: nada aquí de en-

deble y lindo; los epítetos grande, bello, vienen espontáneamente al espíritu. Los geógrafos nos dirán que el país ofrece al viajero los campos de nieve más vastos, el más amplio horizonte de Europa de glaciares y roquedos; que miden las profundidades de los fjords y los brutales desniveles entre la montaña y el mar. Pero el que ha visto estos paisajes no tiene necesidad de cifras para comprender su magnificencia: por doquier se la encuentra: en los lagos alargados, profundos, como ese Myosa que el tren ladeó durante toda una tarde; esos arroyos abundantes de agua que se rompen en torrentes, el hervidero del oleaje que se entrechoca, ese magnífico Sognefjord cuyo descenso en barco dura una jornada entera. ¿Cómo decir el esplendor de esos espectáculos a quienes no los han contemplado? Es el sol de medianoche en donde se queda uno bañado de luz mientras que el sur está recubierto por el manto de la noche; son aún esas tempestades, aquel mar ilimitado, aquellas cascadas que de un solo impulso caen en el mar desde una altura de 800 a 1.000 metros. Me ha sido posible ver el vapor que surge del Voringfoss, sobre todo oír el ruido del trueno que hace ese torrente cuando bruscamente cae desde 163 metros—sobre todo—y de éste más que de otros fjords guardo un maravilloso recuerdo; he podido ver las cascadas que de ambos lados descienden en el Geirangerfjord. Encima de la embarcación que avanzaba entre los acantilados verticales de una altura de 1.500 a 1.700 metros, cuando el fjord se comprime y sólo tiene 600 metros de ancho, mi alma estaba sobrecogida con una potente emoción. ¿No puede compararse a la que yo sentía cuando con Psicodoro llamé a las puertas del arcanó? Las mismas palabras convienen para esas bellezas naturales y para la obra ryneriana o más bien, ante unas y otras nos quedamos sobrecogidos y mudos, demasiado violentamente estremecidos por lo que de grande y de hermoso nos revelan.

He aquí otra aproximación en la que me complazco: el sabio, el profundo Han Ryner, era acogedor y sencillo; sonreían sus ojos y dejaban ver un destello de alegría, de malicia en su semblanza seria; su lenguaje, aun cuando trataba cuestiones filosóficas o metafísicas estaba exento de todo rebuscamiento, pues la grandeza en él siempre estaba aliada a lo que algunos consideran como gracia del estilo. Han Ryner, tan fuertemente, ásperamente puede decirse, ligado a ciertas ideas, no estaba todo él, sin embargo, matizado, al punto que si nosotros lo conocemos, podemos hablar de una sabiduría ryneriana; los hay que pretenden que no se puede definir su filosofía; fué un orador lleno de malicia y de sonrisa, pero a veces también—los que le oyeron han guardado el recuerdo—se mostró virulento en sus réplicas. Su personalidad tan compleja se armonizaba con tales contrastes, pues se podían dirigirle los reproches más opuestos: para unos era el «anarquista» con lo que esta palabra contiene de desconfianza para el vulgo, mientras que para otros era un ser que frecuentaba los salones literarios.

De idéntica manera la naturaleza noruega nos ofrece admirables oposiciones. No diré solamente el contraste entre el mar y la montaña que se erige, de un solo impulso, entre 1.500 o 1.600 metros, ni el que ofrece cada fjord por sí mismo, a veces como un corredor natural, a veces como un mantel extendido en un círculo de montañas nevadas, son demasiado conocidos por todos, pero no obstante me han parecido admirables. Varias veces quedé admirada contemplando paisajes que podríamos llamar lunares: vastos anfiteatros de glaciares, de roquedos, todo repleto de vida mi-

neral y poco a poco, a medida que se descendía, el milagro de la vida vegetal se reproducía; de repente, un valle surgía, riente y fresco, un fjord sonreía; de nuevo el autocar remontaba las pendientes lunares para redescender de nuevo hacia el verdor y los fjords amables. Contrastes que dicen la rica hermosura de ese país diverso en sus aspectos como expresan la riqueza armoniosa, la muelle flexibilidad del sabio que no quiso encerrarse en una fórmula.

Pero yo iré más profundo aún: se pueden recorrer aquellas montañas noruegas, pero no se puede hacer tal cosa sin pensar en los cataclismos de las épocas prehistóricas, en las convulsiones que los provocaron, en las luchas prolongadas y grandiosas entre los elementos. Ahora, ya pacificadas, dan la impresión al viajero de la calma y la impasibilidad. Los Vikings, como la tierra que los vio surgir, fueron los héroes de las luchas épicas, sus sagas cantan la lucha y la historia ha conservado el nombre de sus andanzas belicosas. Hélos ahora vueltos en una nación pacífica, orgullosa por no haber declarado la guerra a nadie desde hace doscientos años; cierto es, han conservado su osadía, pero si antaño eran piratas rudos y bárbaros, por un esfuerzo de voluntad dan ahora el ejemplo de un pueblo sosegado y fuerte que emplea su valor en la lucha contra los elementos hostiles, teniendo uno de los primeros lugares entre los exploradores, los descubridores de tierras, y que lucha también contra sus malos instintos (señalo entre paréntesis que el alcoholismo ha casi desaparecido por la voluntad del pueblo y de la legislación que se ha dado). Han Ryner también tuvo instintos belicosos, fué un violento, pero supo vencer a sus inclinaciones naturales, sublimarlas, poner toda su voluntad en la realización de una obra que quería fuese de más en más perfecta. La calma que ahora admiramos, la conquistó en amplia lucha. ¿Era tan sosegado Han Ryner—se me pregunta a veces—como parecía? ¿No sentía en el fondo de su corazón las inquietudes, las angustias que hacen la grandeza del hombre y su tormento? Nadie osó preguntarle esto, temiendo tal vez despertar a monstruos dormidos. Pero quiero ver la respuesta en esta confesión o reflexión que me hizo un día. Hablándome de una amiga: «Cultiva su angustia, me dijo, y en eso hace mal; la angustia no es admisible en nosotros más que cuando debe dar nacimiento a una bella obra».

Pensaba en todo esto visitando los museos, las iglesias de Noruega; los dragones de los Vikings fueron en un tiempo monstruos paganos, seres devoradores; transformados, sublimados por el arte sirvieron para la decoración de los bajeles, figuras de proa que surcaban osadas los elementos hacia el descubrimiento y la conquista; esos mismos dragones, los vemos ahora artísticamente trabajados, en las cúpulas de las iglesias de madera elevándose hacia el cielo, como dirigiéndose hacia el ensueño y hacia el ideal, lo mismo que los dragones interiores de Han Ryner, su violencia, su angustia; sus inquietudes metafísicas condujeron a Psicodoro por los viajes más atrevidos, por las parábolas cínicas, por los maravillosos ensueños perdidos o reencontrados por él, por los crepúsculos dorados por la esperanza, por el flujo y el reflujo de la vida eterna, por los ensueños más audaces, por el pleno cielo de las realizaciones.

Creo por otra parte que él hubiese amado a ese pueblo vigoroso que pone su alegría en el esfuerzo que proporciona la lucha y hubiese admirado las potentes realizaciones de los noruegos, pues ellas magnifican la vida que se afirma. Grandioso el Ayuntamiento de Oslo, en donde los admira-

bles frescos cantan la grandeza del hombre, sus luchas por la libertad, las esculturas de Wigeland, himno de fe en los seres humanos y en el ideal, como hubiese también amado las sagas. En el arte como en la literatura, nada de endeble, nada de nervioso. Es la expresión de una raza sólida, del mismo modo que los hermosos y rollizos niños rubios van a jugar por los soleados jardines.

Otro de los asombrosos rasgos de este pueblo es su amor por la naturaleza. Citaré aquí dos hechos que me llamaron particularmente la atención: habíamos nosotros, dejando Nordfjord, viajado durante una jornada por sus orillas y sus macizos glaciares, hasta los severos contornos de encantadores valles; noruegos y noruegas contemplaban en silencio aquellos admirables espectáculos. Bruscamente, un accidente del terreno nos permitió apercibir a 700 metros por debajo de nosotros un brazo del Sognefjord, en un admirable y sobrecogedor paisaje. Bruscamente también, todos los pasajeros se levantaron, exclamaron y comunicaron entre ellos una admiración veraz y entusiasta.

Otro día iba yo desde Grotli a Geiranger. La carretera recorre primeramente durante diez kilómetros un lugar monótono ocupado por un alargado lago que desciende serpenteando bruscamente. Pero el autocar—servicio público—antes de emprender este vertiginoso descenso abandona la carretera. Sube hasta la cima del Dalsnibba desde 1.000 a 1.500 metros por un camino lleno de rocas y haciendo curvas durante un trayecto de cinco kilómetros. Se llega entonces a una plataforma; desde lo alto de este belvedere, millares de picachos y glaciares suben por doquier hacia el cielo y uno podría creer que está en presencia de aquellos espectáculos primitivos que forjaron al mundo. Por un lado, una prolongación bordeada con una empalizada; cerráis los ojos, con vértigo y emoción ante tanta indecible belleza: a 1.500 metros debajo de vosotros brilla el fjord con sus bordes de verdor. Así el autocar hace un salto de diez kilómetros—difíciles de franquear—para permitir a todos admirar un paisaje que los guías califican a justo título de inolvidable, y quiero subrayar aquí lo que eso denota como comprensión de las bellezas naturales, el deseo de hacerlas conocer, el orgullo de poseerlas. Visitad una ciudad: por todas partes observaréis que hay flores. En todas las ventanas, especialmente edificadas, rosas, verbenas y geranios penden y se encaraman por los muros de todas las habitaciones. Las mismas casas, casi todas de madera, son pintadas y repintadas todos los años; blancas o rojas hacen un efecto decorativo y sencillo de una gran hermosura. Desde el momento que el noruego tiene un instante de ocio, se escapa hacia la naturaleza, hace sanos deportes, va a la orilla del mar, se adentra por los bosques. Lo cual le es sumamente fácil. ¿Existen en el mundo ciudades más mezcladas a los elementos naturales que las noruegas? Las montañas y los bosques no circundan a Oslo, penetran en la ciudad. En Bergen, la unión de la ciudad con el agua y los bosques asombra. El agua se encuentra por todas partes: fjord, puerto, lago. El bosque: a cinco minutos del bosque de la ciudad, ya os encontráis en él. Y podéis admirar el espléndido anfiteatro que forman las montañas de bosques.

Para estar en plena naturaleza, no hay necesidad de franquear los horribles arrabales que hacen en nuestras ciudades una cintura desagradable. Por consiguiente Han Ryner —ya lo he dicho aquí—amaba el mar, el bosque, la montaña. Cada verano, por una larga estadia agreste se purificaba de las pestilencias de París. Durante muchos años fué

a los Alpes, más tarde a Bretaña y en los últimos años a Saint Germain o Marly; ahí comenzaba su obra, la edificaba rápidamente para terminarla lentamente después, como si el contacto con las fuerzas naturales le hubiese sido necesario para dar nacimiento al niño que en él llevaba y a escribir su primer manuscrito. Sus ojos y su alma se abrían a todo espectáculo de belleza: admiraba la suave gracia de los gatos, la sonrisa de los niños, el encanto de las bellas mujeres. Me acuerdo de él cuando una vez en Lyon, en la admirable rosareda del parque de la *Tête d'Or* (Cabeza de Oro), la contemplaba con las manos juntas en un gesto de admiración. Espontáneamente el mismo gesto hacía cuando en el Louvre observaba los espléndidos cuadros del Renacimiento italiano y también ante los puestos de los floristas en donde se detenía mucho tiempo.

Tal vez ahora parezca que voy a olvidar a Noruega, pues deseo hablaros de libros completamente agotados y que muchos de vosotros ignoráis: *La Paix pour la Vie* (La Paz por la Vida) que apareció en 1892, y *La Folie de Misère*, en 1895.

El segundo estudia un caso clínico y un mal que tiene sus raíces en una pesada herencia, pero el autor escribe esto: «La locura había encontrado en la miseria una aliada decisiva» y aun «sin el pan que faltaba, Juana no hubiese estrangulado a su hijo». Han Ryner traza aquí un cuadro conmovedor de la miseria popular y hace un violento requisitorio contra la sociedad. Escuchemos hablar a la victimaria: «No sabéis, dice, lo que puede hacer una madre que escucha a sus hijos llorar por hambre», y añade «¿Quién ha matado a los niños?... No es la oficina de beneficencia que se ha negado a dar el pan y la carne prometidas? ¿La justicia que ha puesto al padre de los niños en la cárcel por una cosa de nada y el comisario cuando me insultaba? Ahora todo el mundo finge ocuparse de los niños, pero cuando estaban vivos no les hubieran dado ni un mendrugo de pan». En una calurosa defensa, el abogado deplora lo que él llama la manía de la desesperación, el suicidio en familia: «La historia, declara, nos relata terribles epidemias de todo esto, pues cuando el contagio es demasiado grande, el mal explota en revueltas y revoluciones».

En el otro libro, *La Paz por la Vida*, que fué escrito en colaboración con Emilio Saint-Lanne, si nosotros no podemos prestar a Han Ryner todas las ideas que en él se expresan, creo que desde el momento que lo firmó, aprobaba el tono y el espíritu. Todo lo que en él encontramos, por encima de todo, es el ensueño de una sociedad justa, igual y pacífica, la caridad reemplazada por la justicia, las horas de trabajo poco numerosas repartidas entre todos, los ocios considerables, el pan gratuito. Al principio leemos esta interrogación: «¿El siglo XX alimentará a hombres verdaderamente libres, iguales y felices?», y la obra se termina con la esperanza: «Entremos todos juntos, pacíficamente, en la tierra prometida de la igualdad».

Estas dos obras nos enseñan, como podéis ver, a un Han Ryner atormentado por las cuestiones sociales, un Han Ryner socialista. Más tarde, asqueado por los compromisos y los sucios juegos de la política, se entregó por entero a la solución de los problemas morales y filosóficos, se volvió individualista, sin embargo y bien lo sabéis, estaba siempre presto a intervenir en favor de los oprimidos de todos los países y a rebelarse abiertamente contra todas las injusticias. Lejos de vivir retirado en su torre de marfil, acogió, defendió con la palabra, por artículos en los diarios, por fo-

lletos, etc., a todas las víctimas de la injusticia social que pedían su ayuda, que eran numerosas, pues se conocía su gran y generoso corazón.

En verdad que puede decirse que habría sido feliz si hubiese conocido un país en donde la felicidad del pueblo, la justicia y la igualdad no son vanas palabras para los discursos políticos: ese pueblo noruego, osado y digno que se enorgullece por no haber conocido nunca la servidumbre, en el cual «la igualdad es casi absoluta». No existen casi las clases sociales, me dijeron jóvenes noruegos, añadiendo «si exceptuamos a ciertos amateurs». ¿No es un hecho significativo que el príncipe heredero haya hecho sus estudios en la escuela comunal? Para todos los salarios son decentes; nadie tiene la necesidad de jerarquizarlos; la miseria, los harapos y los tugúrios son desconocidos (4). Mejor aún: el pueblo se enorgullece de sus hombres políticos, pues casi desconocen la corrupción y se siente orgulloso asimismo por no tener periódicos de «sensaciones» ni novelas policíacas. La instrucción en Noruega está muy esparcida, desde ha mucho es obligatoria hasta los 15 años; apenas si se encuentran iletrados y si muchos hombres instruidos, interesándose por las cuestiones políticas y sociales, lo mismo en el campo que en las ciudades. En todos se encuentra la inquietud por la búsqueda. Se me ha indicado que la mayoría de los noruegos leen varios diarios para poderse hacer una opinión personal, que el dinero del P.M.U. va una mitad para los deportes y otra mitad para las búsquedas científicas y literarias, que las localidades en los teatros son bastante baratas, que los teatros itinerantes llevan por doquier espectáculos e ideas y que en el interior de las fábricas hay exposiciones y conferencias.

¿Cómo todo eso me hace pensar en Han Ryner! Conocemos qué hambre de instrucción tenía siempre: «La infancia, me dijo un día, es la edad más feliz» y añadió: «El niño tiene en cada instante la alegría por el descubrimiento y por el conocimiento de innumerables cosas». Ha narrado en una obra aún inédita, *Me llamo Eliacin* (J'ai nom Eliacin) cómo para ir cada día a la escuela debía recorrer siete kilómetros cada mañana y cada tarde. «En una especie de mochila llevaba, escribe, libros, cuadernos y mendrugos de pan... En mis bolsillos tenía dos céntimos. En Berre era el amigo de una tendera y de una mujer que vendía embutidos, las cuales me servían generosamente. Un día compré a una de ellas un céntimo de higos; al otro día, en casa de la otra otro céntimo me gastaba. De manera que economizaba cinco céntimos por semana y, cada domingo, en la estación de Rognac, me pagaba con gran alegría un pequeño libro azul de una colección de la Biblioteca Nacional». Es gracias a esos libros, decía, que se instruyó sobre todo, pues era un muchachito bien decidido a aprenderlo todo mediante el estudio personal y a saber mucho tiempo antes lo que le enseñarían después sus ingenuos maestros. «Cuando imagino el paraíso, leemos más adelante, ¿no es en verdad esta época de la vida? Tener una docena de años y leer en voz alta paseándose por las orillas del estanque de Berre».

Pero si Han Ryner aspiraba con toda su alma a la belleza, si estaba ávido de ideas, de conocimientos, ¿no era la libertad el bien que colocaba por encima de todo? No conoció la ocupación nazi en Francia, pero vivió lo bastante para que algunos le hicieran esta pregunta: ¿Qué prefirió usted, la dictadura hitleriana o el bolchevismo?, a la que respondió: «Me preguntan ustedes que escoja entre la pes-

te y el cólera». Su vida entera fué una lucha para conquistar y guardar su libertad. Por consiguiente, en los países nórdicos cada uno respeta las creencias, las opiniones de los otros, cada uno goza de una libertad sin desórdenes. Se me ha dicho que el mismo Estado tiene ese respeto: cuando interviene, por ejemplo en el cine, tiene en cuenta las condiciones en las cuales el arte puede desarrollarse y magnificarse.

En fin, he guardado para subrayar el último rasgo que, parece, es el que más se nota del carácter noruego: *el individualismo*. Para nosotros que conocemos sobre todo un país por sus escritores y las obras que podemos leer, ¿no está Noruega simbolizada por Ibsen? Por consiguiente, quiero recordar cuán grande fué la influencia de Ibsen sobre Han Ryner, sobre todo en la época en donde escogió su seudónimo. ¿No se puede decir que Ibsen fué una de las fuentes de su vida espiritual? ¿Cómo no asombrarse del parentesco que une el que llama «el gran noruego liberador» al mismo Han Ryner? Ibsen, como sabemos, ha llevado al teatro los problemas morales y sociales, presentando símbolos en donde el espectador debe extraer su pensamiento y su verdad; también el mismo Han Ryner, en algunas piezas de teatro: *Vive le roi!* (¡Viva el rey!), *Jusqu'à l'âme* (Hasta el alma), *La Beauté* (La belleza) y en sus obras maestras, *Les voyages de Psychodore* (Los viajes de Psicodoro), *Les paraboles cyniques* (Las parábolas cínicas) y muchas otras, ofrece al lector símbolos que éste tendrá la alegría de comprender e interpretar. ¿No consiste el método ryneriano, como el de Ibsen, lejos de todo dogmatismo, en hacer el parto de los espíritus? ¿No ensayaron ambos el despertar de las conciencias en vez del caudillismo de las mismas?

Escuchad si lo que dice Han Ryner en una bella conferencia titulada: *La filosofía de Ibsen* (5) no podría aplicarse a él mismo: «El escandinavo dice solamente: sé tú mismo, o mejor: sé lo que eres, sólo plenamente. Y declara en un poema: «Sólo pongo en el tapete las preguntas; mi misión no es el responderlas». Y más lejos: «Ibsen es un genio del Norte; se mantiene en la compleja riqueza del pensamiento más que en su aparente precisión, y para llegar a una conclusión precisa y tranquilizadora, no sacrifica, como es la moda de los dogmáticos latinos, todo un lado del problema. Se mantiene en la tesis tanto como en la antítesis y, sea provisoria o definitiva, soñada o afirmativa, exige sobre todo de la síntesis que no deje perder nada de las riquezas más contradictorias». Y dice en otra parte: «Ibsen ha comprendido que nada es sagrado, salvo la espontaneidad de los seres y no hace llamada en su filosofía a las convenciones sociales o a la mentira de los derechos aparentes». Saluda en Ibsen lo que él quiso ser también, un subjetivista que sólo busca en él los principios de acción, que piensa que la salvación común inmediata es imposible, pero que supo sin embargo no encerrarse en una torre intangible. «Encerrarse indefinidamente en sí mismo, escribe, es egoísmo, no es individualismo. El individuo desciende en el mismo para encontrar sus verdaderos motivos de acción, pero desde el momento en que los libera de los móviles ajenos, los deja accionar. Su armonía se crea a la vez en su interior como en su exterior». Han Ryner, como el filósofo noruego, denuncia a los conquistadores, apóstoles, reformadores: «El conquistador es un fenómeno atávico que se confirma en el primer reinado, en el reinado de la materia. El apóstol es también un retrógrado: procede del segundo reinado, del reinado de la cruz y del sacrificio. El individuo

está ya en el tercer reinado, el reino del gran misterio, el reinado que debe estar fundado a la vez con el árbol del conocimiento y con el árbol de la cruz, porque a los dos ama y odia a la vez. Notáis vosotros, sin duda, que hay alguna confusión en los términos empleados para designar los tres reinados. Y esto me permite notar dos profundas diferencias entre Ibsen y Han Ryner. Es que en efecto es Ibsen un genio del Norte; hijo de las brumas y las persecuciones; parece traducir filosóficamente el modo natural del pensamiento germánico. Han Ryner es un mediterráneo, posee toda la riqueza, toda la complejidad de ese genio; no se siente atraído por las brumas del ensueño, aunque sin embargo, hijo de la luminosidad catalana, su pensamiento sigue siendo lúcido y claro en la expresión de este pensamiento. Se puede discutir por mucho tiempo sobre el pensamiento del filósofo noruego. ¿Qué ha querido decir? ¿Qué significa ese tercer reinado? Se pueden notar los términos equívocos que a veces emplea. El pensamiento de Han Ryner, por el contrario, siempre aparece límpido y seguro, arrojo que canta bajo la flor del símbolo.

Y he aquí ahora que Han Ryner hace un reproche a Ibsen: «Solamente en apariencia, escribe en *La Sabiduría Riente* (6), se libera de la mentira social, si es exacto que se mostraba ávido de honores y tenía el infantilismo de llevar en el pecho condecoraciones. Su idealismo se manifiesta con subpetivismo y pesa sobre su sueño no se sabe qué endemonismo pesado. Su ingenuidad parece a veces prometer al individuo la potencia material tanto como el esplendor espiritual y la belleza ética. Se diría que ignora lo que tan bien conocieron algunos griegos: Sócrates, Epicuro o Zenón, es decir, que la felicidad es una forma en que la materia

nada tiene que ver con ella, una estatua que no es menos noble y menos preciosa al ser esculpida en una piedra pobre».

¡Han Ryner! Hémos ahora ante Sócrates y tus queridos filósofos griegos, acercados a lo que fué en tí más profundo, a quienes tú fuistes verdaderamente el hermano por la sabiduría que ríe, por tu desdén de las riquezas materiales y por el hecho que tú supistes poner tu vida en armonía con tu pensamiento y realizarte verdaderamente.

¡Han Ryner! Yo he dicho hoy por qué según mi parecer habría querido tener antepasados entre los osados Vikings; he ensayado en deciros la grandeza de Noruega, afimándose con sus asombrosos contrastes, recordaros el pacifismo de ese pueblo, su fuerza, su gusto por la vida, su amor por la naturaleza, la libertad que ha sabido salvaguardar, la igualdad que ha realizado, su digna independencia y su individualismo. En un reciente estudio narré a Han Ryner hijo de Cataluña, también esta tierra de contrastes, madre de un pueblo trabajador, inteligente, sano e independiente, pero tierra de sol y de luz.

Después de Cataluña y Noruega, ¿me será permitido algún día descubrir Grecia? Entonces yo os contaré—y creo que estaremos todos de acuerdo—en que Han Ryner es ya para siempre hermano de Sócrates y de los grandes y luminosos filósofos griegos.

¡Cuán grande es mi placer reconociendo en mi padre caracteres de países tan lejanos y en apariencia tan diversos! Pero ¿no es ello expresar cuán complejos y ricos eran su corazón, su figura y su talento?

Georgette RYNER

(Traducción de Vladimir Muñoz.)

## NOTAS

(1) En las ediciones recientes el nombre de Han Ryner ha desaparecido, luego de la muerte de Walch.

(2) Sobrino de Han Ryner (N.d.T.)

(3) Padre y madre eran oriundos de Cataluña (N.d.T.)

(4) Yo que aprecio a Georgette Ryner como se ama a una hermana espiritual, que sé de su gran sensibilidad y delicadeza, difiero con ella aquí. En su viaje no tuvo tiempo de ver las sombras sociales, absorbida y dedicada por entero a la luz. Creo que en Noruega no existe «igualdad económica» y que existe—como por doquier en el mundo autoritario actual—la imposición dominista y el servilismo de los humildes. En Noruega existe «la guerra económica»; en Noruega existe «la explotación del hombre por el hombre». Nunca estuve en tal país, pero no hace falta haber estado en él para saber que es esto una verdad seria que puede ratificarse con el examen sincero de la cuestión. Sin embargo, me ha sido dado surcar las aguas atlánticas a bordo de un navio noruego—porción de la «patria» vikinga—trabajando como proletario; pues bien, allí la igualdad era un mito y... lo sigue siendo. No olvidemos que en Noruega

ha habido sus «quislings» hitlerianos, etc. Lo que ocurre es que al viajar por Escandinavia, algo también por Suiza e Irlanda, como así por algunos países minúsculos (Luxemburgo, Andorra, etc.), el poco volumen de la población y la merma de la «demanda» en el mercado de la esclavitud del trabajo, hace que el proletario disfrute de un relativo bienestar económico comparándolo con sus hermanos de países superpoblados (Italia, Alemania, Inglaterra, etc.) También es una verdad requetesabida que las «agencias» turísticas preparan itinerarios en donde «la miseria social» es desconocida por completo. Sin embargo, yo que he desconocido tales viajes y he viajado por el orbe a lo nómada, a lo «apatrida», he visto miseria y... hambre por doquier. En la misma Nueva York, meca del bienestar material para infinidad de ilusos, hay quien escarba la basura para encontrar residuos alimenticios con que aplacar su hambre. Empero, debe comprenderse, en el sentido que Georgette Ryner expresa esta parte de su valioso escrito. (N.d.T.)

(5) Editada por «Estudios» en Valencia (España). (N.d.T.)

(6) Publicada por «Guilda de los Amigos del Libro» en Barcelona (España). (N.d.T.)

# CUENTOS DE LA NOCHE

## LA BODA



ESDE la pequeña habitación donde se habían reunido los familiares para despedir a los novios, se oía el rumor del baile en la sala de fiestas del restaurant.

Clotilde estaba como anestesiada. Tenía la extraña sensación de que su cabeza era de corcho y de que todo cuanto le rodeaba no existía; que todo era una larga pesadilla, de la que no tardaría en despertar.

Su padre, su madre, las tías, las amigas se apretaban en torno suyo, devorándola con los ojos, intentando leer en su semblante cuales eran sus sentimientos en aquel momento. La luz cruda del neón, iluminando su rostro, le daba una palidez cadavérica, una blancura insana, que todo el maquillaje no conseguía animar.

El novio, muy tieso dentro de su frac y su camisa almidonada, repartía apretones de mano a diestro y siniestro, contestaba sonriendo a las bromas de unos y de otros.

Clotilde le miraba de lejos, con una mezcla de terror y de sorpresa. Así, ¿aquél era el hombre que aquella noche dormiría con ella, tomaría posesión de su cuerpo, se erigiría en dueño de su persona, tendría sobre ella todos los derechos que la ley y la religión le conferían después de las pomposas ceremonias celebradas?

La noche avanzaba. El tren que debían coger los novios para el viaje de bodas, salía a las 12 menos cuarto. Dentro de una hora, estarían los dos solos, frente a frente, sentados en un vagón de ferrocarril. De ese vagón deberían descender un momento u otro; un momento u otro entrarían en un hotel; en él dormirían, acompañados por la curiosidad mórbida de todos los empleados, que rápidamente adivinaban la condición de los viajeros.

Hasta aquel instante preciso no se percataba Clotilde de la enormidad de lo que había hecho. La inmoralidad de aquel casamiento sin amor, por interés y un poco por despecho; la monstruosidad del engaño perpetrado con Valentín, le aparecía ahora, flagrante y pavorosa.

Pero el sentimiento dominante en ella no era el remordimiento: era, simplemente, el temor, la revuelta de su carne a la idea de una posesión no deseada, la angustia ante lo que serían reacciones de la víctima,

al verse doblemente engañado: en la parte física y en la parte moral del amor.

Valentín la quería. Durante largos años la había ido cortejando sin esperanza. Más viejo que ella de cuatro lustros, con el cuerpo hecho pesado por su profesión sedentaria — tenía una próspera industria de tejidos — no poseía ninguno de los atractivos que pueden hacer deseable, para una muchacha de veinte y tres, un hombre de más de cuarenta años.

Cuando Clotilde se vió abandonada por Carlos, después de unos amores apasionados, en los que ella se entregó toda, en cuerpo y en alma, un solo pensamiento la dominó:

«Es necesario que me case a toda costa. Para demostrarle que no le necesito y para que mis padres no me hagan la vida imposible.»

La madre, sobre todo, no ignoraba nada de cuanto había ocurrido entre ella y Carlos. Cuando éste cesó de frecuentar a su hija, su sola preocupación era la forma de reparar los estropicios en la honra aparente y en la secreta.

—¿Cómo te las arreglarás ahora para casarte?—le decía. Todo el mundo sabe que con Carlos te dejaste llevar demasiado lejos. ¡Esa libertad de la juventud de hoy! ¡Qué va ser de ti! ¿Qué dirá tu padre, si se entera?

Valentín estaba allí, presente siempre, siempre servicial, siempre enamorado.

Entre la madre y la hija se fraguó todo. La madre sirvió de alcahueta, animando a Valentín, simulando que servía su causa, que ella apreciaba mejor que su hija sus sólidas condiciones de hombre cabal y honrado, ya de vuelta de las locuras de la juventud, con una buena posición social, susceptible de ofrecer a su hija una vida próspera y estable.

Valentín, encantado, se dejó llevar de la mano al matrimonio, estupefacto todavía de la suerte que le había caído.

¿Así, pues, la bella Clotilde, hasta entonces inaccesible para él, sería su esposa? ¿Sería ella la madre de sus hijos, la compañera de sus días? Con el respeto que produce en todo hombre maduro la juventud, se prometía a sí mismo ser indulgente con ella, anticiparse a todos sus deseos, esforzarse en suplir su inexperiencia de la vida con lo que él creía su experiencia de hombre en sazón.

Conocía las relaciones de Clotilde con Carlos, pero, al verlas rotas, juzgó el incidente un banal amorio de

juventud, terminado como terminan todos los noviazgos que no se llevan a efecto.

En el fondo, aun no se sabe lo que es el amor y, de la misma manera que comienzan esas pasioncillas breves como lluvia de mayo, así terminan.

Quizá, inconscientemente, no se engañaba. Pero lo que él no sospechó nunca es que Clotilde llegase a él como un naufrago se coge a la primera percha tendida. Que él, con toda su experiencia de cuarenta años, hubiese sido la mosca cogida en la hábil tela de araña tendida por madre e hija.

\*

Quedaron solas un momento, Clotilde y su madre:

—Hija mía, para ti no hay más que dos caminos: o decirle la verdad, o simular hasta el fin... Hoy, con las prácticas de higiene modernas, son muchas las chicas que llegan al matrimonio aparentemente desfloradas, aunque no las haya tocado varón alguno... Ya comprendes... Las irrigaciones... Los tampones higiénicos... En fin, mil cosas que tú puedes aducir. Si no te sientes con fuerzas para mentir verosímelmente, entonces la verdad escueta.

—¿Qué verdad?

—Pues lo que ha pasado. Qué reñiste con Carlos después de haber llegado más lejos de lo que convenia. Y que a lo hecho pecho.

—¿Y si se lo toma mal? Porque la verdad es que esto hubiera debido decirse antes de casarnos. Entonces, con conocimiento de causa, él hubiera podido decidir si me aceptaba o no tal como era... Mientras que ahora puede llamarse a engaño... Ya no es solamente el hecho de que no llegue a él intacta, que aun, según como, sería lo de menos... Lo peor es que él debe pensar que me he casado por conveniencia, por despecho, que no le quiero.

—Esto es la verdad también. ¿Y qué? Un hombre, a su edad y con su tipo, está obligado a suponer que una muchacha no se casa con él por su linda cara, ¿no?

Clotilde, a pesar de todo, sintió que el rubor le subía al rostro, al ver el cinismo descarado de su madre.

—¡Oh, mamá, no hables así! Lo que hemos hecho con Valentín no está bien. No había derecho a engañarle. Y él puede pensar, aún equivocadamente, que, si bien no le amo con pasión, tengo por él estima.

—Y ésa se la tendrás, hija, se la tendrás. Sobre todo si es bueno contigo, si te da todos los gustos, que te los dará, por poco que sepas llevarle... Los hombres, en el fondo, todos quieren ser engañados. De lo que se trata es de saber llevarles el genio. Tú crees que yo... con tu padre...

Clotilde la interrumpió, horrorizada.

—Mira, mamá, a lo menos no me hables de estas cosas. Lo haces con buena intención, pero me producen muy mal efecto.

—¡Bah! ¿Y te las echas de muchacha a la moderna? ¡Criatural! Si lo que te pasa a ti, pasa al 80 por ciento de las mujeres... Sólo que las otras no son tan remilgadas como tú ni tienen tantos escrúpulos.

El padre de Clotilde, acercándose, puso fin al curioso diálogo.

—Se la confío a usted, Valentín—dijo con énfasis, poniendo la mano sobre el hombro de su yerno. Le

doy a usted la niña de mis ojos. Guídemela usted y hágala fructificar, que es un rosal florido.

Si el lenguaje cínico de su madre le hacía subir el rubor al rostro, la prosopopeya del padre le irritaba los nervios, poniéndola al rojo vivo.

¡Cuánto tardaba a pasar aquella hora! Aunque las que venían serían más difíciles todavía, aun, en medio de su angustia, de sus dudas y de su desamparo, Clotilde prefería la compañía de Valentín a la de los autores de sus días.

\*

En pies los dos en la gran habitación del hotel, al fin solos, se contemplaron un instante. Valentín estaba tan emocionado, que la voz se anudaba en su garganta. Clotilde temblaba de todos sus miembros, preguntándose aún qué es lo que debía hacer.

Valentín alargó tímidamente una mano, cogiendo la diestra de Clotilde.

—¡Estás temblando!—murmuró, notando el movimiento convulsivo de los labios de la muchacha. Pensando en todo lo que había leído sobre la importancia decisiva del comportamiento del marido en la primera noche pasada con su mujer, se propuso ser muy paciente, no precipitar las cosas, dejar a Clotilde habituarse a la idea del matrimonio. ¡Una virgen es tan sensible, tan delicada; sus reacciones son tan insospechadas, tan sujetas a mil tenues matices!

—No tengas miedo. Yo quiero ser para ti un amigo, un hombre en el que puedas tener toda confianza.

Clotilde aguzó el oído. ¿Es qué sospechaba algo y le preparaba el terreno para las confidencias tan difíciles que debía hacerle?

Valentín prosiguió con dulzura, sacando de su ternura por ella las frases precisas y adecuadas a aquel momento:

—Si deseas descansar, dormir, serenarte, no tienes más que decírmelo. No quiero que me mires con angustia, con vergüenza ni con miedo. Soy tu marido, pero quiero ser sobre todo tu amigo, el mejor de tus amigos, aquel que no te faltará nunca en ningún momento de tu vida.

Los ojos de Clotilde se llenaron de lágrimas. Todo lo que en ella la sociedad aun no había destruido; todo lo que la vida no había arruinado; el tesoro de bienes morales que vamos perdiendo a lo largo de la existencia, de los que ella había gastado ya muchos, pero no todos, le dictó la única actitud noble y digna de aquellas palabras y de los sentimientos que expresaban.

—Necesito decirte toda la verdad, Valentín. Así, quizá, aún podremos vivir juntos y ser un poco felices.

Valentín palideció y la miró profundamente. Pero tuvo bastante presencia de espíritu para decirle:

—Habla. No puede ni debe haber ningún secreto entre nosotros.

De un tirón, sin atreverse a mirarle, Clotilde se lo contó todo. La parte más dura no fué decirle la verdad de sus amores con Carlos: la parte más dura fué decírsela de la comedia representada para cazarle. Pero tuvo suficiente fuerza de voluntad y bastante honestidad para contarle.

Valentín la escuchó en silencio, enjugándose de vez en cuando la frente. Cuando terminó, cerró los ojos

durante un buen rato, respirando con cierta dificultad. Al fin dijo:

—Soy yo el único responsable. Por imbécil. Por ciego. Debía suponer todo esto, tenerlo previsto. El amor puso una venda en mis ojos y no vi lo que un ciego o un niño hubieran visto.

Sentados el uno frente al otro, ante el lecho intacto, se contemplaron un instante en silencio. En los ojos de él había una desesperación sin nombre; en los de ella una gran piedad y una gran tristeza. Venciendo su emoción, Valentín continuó:

—No queda más solución que volver al lado de tus padres... ¡Cuán grande ha de ser la repulsión que te inspiro, cuando no has podido seguir representando esta comedia y te has decidido a esta confesión, para no sufrir la tortura de pertenecerme...!

Clotilde le miró con estupor:

—¡Oh, no, Valentín! No es esto precisamente... Es decir, con toda franqueza, hay en mí sin duda un poco de reserva y de miedo... pero no es eso... Es que aun no estoy tan envilecida como para no sentir remordimientos de engañarte. Y volver al lado de mis padres... ¡Oh! Sin duda, es esa la única solución que queda. Pero, ¿qué dirán ellos? ¿Qué dirá todo el mundo? ¡Es tanto como proclamar mi deshonor a la faz de todos!

Valentín la contemplaba silenciosamente, con una mirada indefinible. La veía temblorosa, con los ojos anegados, más indecisa y más indefensa que un niño extraviado en medio de un bosque. La veía con su gran juventud herida, en la que, en medio de la hipocresía y de la astucia desarrolladas por la condición del sexo y el lento envenenamiento de la sociedad, quedaban todavía rincones sanos, zonas no contaminadas.

—¿Qué es, pues, lo que deseas de mí?—preguntó lentamente.

Clotilde enrojeció. Sus manos se retorcieron convulsivamente.

—¡Yo qué sé! Que te apiades de mí. Que me perdones. Que me dejes acostumbrarme a ti... Que seas capaz de esperar el fruto de tu bondad y de tu buen corazón para conmigo. Carlos ha muerto para mí, esto te lo juro. Pero no puedo decirte que te quiero. Sé, sin embargo, que soy capaz de sentir por ti mucho afecto y que tu compañía será para mí mejor que la de mis padres, que, en el fondo, son los que me han llevado a donde estamos, sin duda con buena intención hacia mí... En fin, Valentín; no sé que decirte. Haz lo que quieras. Guárdame o devuélveme a mi casa. Estás en tu derecho.

¿Qué hora era? ¿Las cuatro, las cinco, las seis quizá ya? Valentín pensaba, amargamente, en lo que se había convertido aquella noche, tan ardientemente esperada, en la que tantas veces había soñado como imagen misma del coronamiento de su vida simple de hombre sin complicaciones, de gustos honestos y de aficiones familiares.

Ante aquella juventud marchita, ante aquella muchacha, con el alma mancillada por el ambiente social, su conciencia de hombre maduro, de hombre conservado todavía intimamente limpio sentía una mezcla de desilusión y de piedad. La veía ahora con ojos nuevos, tal como era, derribada brutalmente del pedestal en que su ciego amor la había colocado. La miraba también sin cólera, juzgándola más víctima que culpable, acusándose a sí mismo como el principal responsable del engaño urdido.

Y fué su robusto buen sentido; su rectitud natural, a que le dictó las únicas palabras posibles:

—Te guardo. Si algún día puedes darte cuenta de lo que vale... de lo que valía el cariño que por ti he sentido, quizá podrás llegar a quererme. Si no, vivirás conmigo hasta que tú misma pidas el divorcio y los lazos que te unen a mí se desaten sin conflictos y sin desdoro para ti. Es todo lo que puedo decirte.

—¿Me perdonas, Valentín?—balbuceó ella, acercándose tímidamente a su marido.

—¿Qué he de perdonarte, criatura? El mal que me has hecho no tiene remedio. No es el hecho de haber pertenecido a otro hombre lo más cruel para mí; es tu falta de franqueza, de confianza; es haber esperado este momento para tal confesión. Pero no eres solamente tú la culpable. Todo contribuye a que la mentira sea el arma de la mujer para vivir y defenderse en la existencia. Si eres buena por dentro, si eres capaz de comprender el oro de ley de mi cariño, quizá así es como llegarás de verdad a quererme. Tu cuerpo lo he deseado mucho; lo he deseado para mí intacto; pero más importante es el alma, el corazón, el sentimiento.

Las primeras luces de la madrugada filtraban a través de las cortinas del balcón.

Clotilde, vencida, se dejó caer sobre la cama:

—¡Si me dejases dormir un par de horas!

Valentín se sentó en una butaca, abandonándole el lecho. Unos minutos más tarde, junto al hombre silencioso, meditabundo y desvelado, la joven dormía pesadamente, con el sueño poderoso de la juventud, triunfante del ruido, de la luz, del sufrimiento. La noche terminaba y empezaba un día nuevo.

Federica MONTSENY



# ORWELL Y EL ANARQUISMO

— IV —



Es veraz por las citas precedentes que, para Orwell, la segunda guerra mundial empezó con un espíritu de resignación más bien que de beligerancia. En la época de la crisis de Munich, en septiembre de 1938, él fué uno de los firmantes de un manifiesto que declaraba:

«Para los países democráticos que recurran a la guerra, el resultado inmediato será la destrucción de las libertades del pueblo y la imposición de regímenes totalitarios.

«Si la guerra llega, nuestro deber será resistir y organizar tal oposición que acelere el fin de esa guerra, no por medio de tratados que representan el triunfo de un imperialismo sobre otro y que sólo sembrarían la semilla de guerras futuras, sino por la implantación de un nuevo orden mundial basado en la fraternidad y la justicia.» (1).

Un mes después, en su «Political Reflections on the Crisis», Orwell declaraba que el Partido Laborista debería volver a «una línea antimilitarista e anti-imperialista» (2), y en julio de 1939 escribió que, «nada parece que nos pueda salvar, excepto la aparición dentro de los dos próximos años de un verdadero partido de masa cuyo primer objetivo sea oponerse a la guerra y reparar la injusticia imperial» (3). Pero para marzo de 1940 decía que adoptar el pacifismo era ayudar a Hitler, no obstante «no pretendamos que nosotros entramos en esta guerra con las manos limpias» (4). Unos meses después se formó la opinión familiar de la guerra como un mal menor:

«El futuro está de parte de los fanáticos y aquellos que despilfarran su intelecto demostrando que un fanatismo es casi tan malo como el otro, no hacen meramente más que hacer la cosa un poco más fácil para que la parte peor triunfe.» (5).

Orwell era un hombre muy honesto y describe sus sentimientos en este tiempo sin pretender de que estuviesen basados en razonamientos graves:

«La guerra que se avecinaba fué para mí una pesadilla por varios años, y en una época pronuncié discursos y escribí panfletos contra ella. Pero la noche antes de que el pacto ruso-germano fuera anunciado, soñé que la guerra había estallado. Fué uno de esos sueños que, sea cual sea el significado freudiano que puedan tener, a veces revelan a uno el verdadero estado de sus propios sentimientos. Este me enseñó dos cosas: primero que quedaría descansado cuando empezara la larga y temida guerra, y segundo que era patriota de corazón, que no sabotearía o actuaría contra mi propio bando, apoyaría la guerra y lucharía en ella si era necesario. Bajé a buscar los periódicos anunciando el vuelo de Ribbentrop a Moscú. Así la guerra se aproximaba, y el gobierno, incluso el gobierno de Chamberlain, tenía asegurada mi lealtad. Ni que decir tiene que esta lealtad fué y es meramente simbólica...

«Si tuviese que defender los motivos que hacen apoyar la guerra, creo que podría hacerlo. No hay alternativa real entre resistir a Hitler y entregarse a él, y desde un punto de vista socialista debo decir que es mejor resistir; en todo caso no veo razón para renunciar; ello sería considerar un desatino la resistencia republicana en España, la resistencia china al Japón, etc., etc. Pero no pretendo de que esta es la base emocional de mis actos. Lo que supe esa noche en mi ensueño fué que el largo entrenamiento de patriotismo

por el que ha pasado la clase media, había producido su efecto y que una vez Inglaterra estuviese en un serio atolladero, me sería imposible sabotearla. Pero que nadie tome esto en sentido erróneo. El patriotismo no tiene nada que ver con el conservadurismo. Es devoción a algo que va cambiando, pero que se siente sermisticamente la misma cosa, como la devoción de los ex-rusos blancos bolcheviques hacia Rusia. Ser leal a la Inglaterra de Chamberlain y a la Inglaterra de mañana podría parecer una imposibilidad, si uno no supiera que ésto es un fenómeno de todos los días. Sólo la revolución puede salvar a Inglaterra; esto se ha visto claro durante muchos años, pero ahora la revolución ha empezado y podría marchar a paso ligero si conseguimos parar a Hitler. Dentro de dos años, tal vez un año, si podemos sostenernos, se verán cambios que sorprenderán a los idiotas que no tienen previsión. Me atrevo a decir que las calles de Londres se regarán con sangre. Está bien, dejémoslas, si es que es necesario. Pero cuando las milicias rojas se alojen en el Ritz yo sentiré aún que la Inglaterra que me enseñaron a amar hace ya tanto tiempo y por tantas razones diferentes, de una forma o de otra persiste.» (6).

Probablemente no vale la pena, en este contexto, ir más adelante en la actitud de Orwell hacia la guerra y sus ataques, por los que pidió excusas después, contra aquellos que se opusieron a ella, pero se verá que su posición estaba muy lejos de la de los anarquistas de este país. Su revolución no llegó, o más bien, vino en la forma de una redistribución parcial de los ingresos, empleos para todos, mejores servicios sociales, reconcomimiento de las necesidades de la India y algunas limitadas mitigaciones de imperialismo en otros sitios; pero para esta época, Orwell había, con frases de Mr. V. S. Pritchett, «sospechando algo peligroso en la situación, roto campo y avanzado solo hacia una posición más fuerte en un lugar más desierto.»

Si volvemos a las propias manifestaciones de Orwell sobre el anarquismo como una filosofía, no encontramos mucho para justificar la descripción de él como un anarquista. El sabía lo que la palabra significaba, que es más de lo que se puede decir de muchos de sus contemporáneos en el mundo literario. El había descrito sus reacciones en España hacia el anarquismo y a su vuelta de España fué uno de los patrocinadores de la sección inglesa de S.I.A. (organizada por Emma Goldman), la organización de ayuda creada por los anarquistas españoles. Era amigo de varios de los editores de «Freedom» y se ocupó activamente en el Comité de Defensa de «Freedom Press» y más tarde del Comité de Defensa de «Freedom». Los lectores londinenses pueden recordar su presencia en los mítines públicos del Comité para pedir una amnistía para los desertores de guerra y protestar contra el internamiento de españoles refugiados en este país. En varias cuestiones Orwell y los anarquistas levantaron sus voces juntos y la izquierda política en su conjunto permaneció en silencio. Pero Orwell, «en su actitud realista de hombre sincero», no pudo, debido a su mismo temperamento, declararse en favor de algo tan remoto como el anarquismo, «considerado como una filosofía política». En 1940, en el curso de su perenne examen del carácter inglés, escribe del «nativo anarquismo inglés» el cual «le da a uno una indicación de lo que sería una revolución proletaria, si tal cosa pudiera ocurrir» (7), pero en 1947 sobre el mismo tema observa que:

«Hasta los cambios más drásticos habrán de producirse pacíficamente y con un boato de legalidad, y todo el mundo excepto «los lunáticos extremistas» de los partidos políticos, saben esto... Las ideologías del continente—no meramente el comunismo y el fascismo, sino el anarquismo y el trotskismo—son aceptadas solamente por la inteligencia que constituye una especie de isla de fanatismo en medio de una vaguedad general. Es significativo que los escritores revolucionarios ingleses están obligados a emplear un vocabulario bastardo cuyas frases clave son traducciones la mayoría. No existen voces nativas inglesas para la mayoría de los conceptos de que tratan.» (8).

George Woodcock resume la actitud política de Orwell en estos términos:

«Si el lugar de Orwell en escritos políticos es iconoclasta, entonces casi podemos esperar la virtud opuesta y, claro está, encontramos que él tiene poco que decir de «cómo» puede ser cambiada la sociedad y qué llegará a ser ésta. Sobre estos puntos él ha aceptado en gran parte la línea del Partido Laborista, con unas cuantas desviaciones hacia la izquierda, pero parece no tener clara concepción de una sociedad socialista fuera de una idea algo vaga de que la fraternidad es la base esencial del socialismo. Esto es, en realidad, un hecho importante que muchos socialistas parecen haber olvidado, pero él pertenece menos a una era de socialismo de Estado que al liberalismo del pasado o al anarquismo del futuro... A través de conversaciones con él, infiero que lo que él concibe, otra vez muy vagamente, es algo más parecido a una federación sindicalista que a un verdadero Estado en el modelo tradicional socialista.» (9).

Y Orwell, a su vez, escribe sobre las propias opiniones de Woodcock:

«...El, de cualquier forma demuestra que el anarquismo no es la misma cosa que la vaga utopía. Sin embargo, no refuta completamente la objeción de que el anarquismo es simplemente otro ismo más y que todos los movimientos abarcando grandes grupos de gentes tienden a ser iguales en su atmósfera intelectual.» (10).

El consideraba a Kropotkin, con su «inventiva y pragmática perspectiva» como «a uno de los más persuasivos de los escritores anarquistas» (11), pero desconfiaba de lo que él consideraba como, «...la tendencia totalitaria que está implícita en el anarquismo o visión pacifista de la sociedad. En una sociedad en que no existe ley y en teoría no hay coacción, el solo árbitro de la conducta es la opinión pública. Pero la opinión pública, debido al tremendo impulso hacia la conformidad en los animales gregarios, es menos tolerante que cualquier sistema de ley. Cuando los seres humanos están gobernados por el «no harás», el individuo puede realizar una cierta cantidad de excentricidades; cuando pretendidamente están gobernados por «el amor» o «la razón», el individuo está bajo presión continua para hacerle conducirse y pensar precisamente en el sentido exacto que se desenvuelven todos los demás.» (12).

Orwell vuelve a este aspecto en el ensayo sobre Tolstoy:

«Hay gentes que están convencidas de la iniquidad de los ejércitos y de las fuerzas de policía, pero que son, no obstante, mucho más intolerantes e inquisitoriales en sus formas de pensar que la persona normal que cree que es necesario usar la violencia en ciertas circunstancias. Ellos no dirán a otro, «¡haz esto, aquéllo y lo demás allá o irás a la cárcel», pero si pueden, penetrarán en su cerebro y le dictarán sus pensamientos sobre el más diminuto detalle. Los creídos como el pacifismo y el anarquismo que superfi-

cialmente implican una completa renuncia al poder, estimulan, quizá, esta costumbre del cerebro. Pues si has abrazado un credo que aparenta estar libre de las suciedades políticas—un credo del cual tú mismo no puedes esperar sacar ningún provecho material—¿prueba eso seguramente que estás en lo cierto? Y mientras más en lo cierto estés, más natural aun para que todos los demás sean intimidados a que piensen en la misma forma.» (13).

Abordando el anarquismo por un ángulo diferente dice que:

«Si uno considera las probabilidades, llega a la conclusión de que anarquismo quiere decir un bajo nivel de vida. No quiere decir un mundo hambriento y penoso; pero elimina la clase de existencia hoy en boga considerada ahora apetecible y culta. El proceso envuelto en la construcción de un avión, por ejemplo, es tan complejo como para que sólo sea posible en una sociedad centralizada y planeada, con todo el aparato represivo que entraña. Al menos que se produzcan cambios imprevistos en la naturaleza humana, la libertad y la eficiencia irán en direcciones opuestas.» (14).

Esto, desde el punto de vista de Orwell (él no era amante del lujo), no es una crítica, en sí, del anarquismo; en otro lugar hace remarcar que «yo he sospechado siempre que si nuestros problemas políticos y económicos se resolvieran, alguna vez, la vida llegaría a ser más simple en vez de más compleja» (15). Pero ello es una puntada a su rechazamiento del anarquismo bajo base realista. El había expresado su posición antes en los días de «Wigan Pier», y no cambió fundamentalmente:

«Podemos decir que la vuelta a una vida más simple, más libre, menos mecanizada, por mucho que lo queramos, no ocurrirá. Esto no es fatalismo; es la aceptación mera de los hechos. No tiene sentido oponerse al socialismo bajo la base de que se presentan objeciones al Estado colmena, ya que el Estado colmena está aquí. El deber del ser pensante, por tanto, no es el de rechazar el socialismo, sino de decidirse a humanizarlo. Una vez el socialismo tienda, en un sentido, a establecerse, aquellos que acostumbra a ver a través del timo del «progreso», probablemente se encontrarán en la resistencia. En realidad, es su función especial el hacer eso. En el mundo-máquina ellos tienen que ser una suerte de oposición permanente que no es la misma cosa que un obstruccionista o un traidor. Pero aquí estoy hablando del futuro. Por el momento el solo camino posible para una persona decente, no importa que sea de temperamento tory o anarquista, es trabajar por el establecimiento del socialismo.» (16).

G. W.

#### FUENTES

- (1) The New Leader (30-9-1938).
- (2) Political Reflections on the Crisis (Adelphi, July 1938).
- (3) Not Counting Niggers (Adelphi, July 1939).
- (4) Time & Tide (30-3-1940).
- (5) Time & Tide (8-6-1940).
- (6) My Country Right or Left (New Writing, AUG-1940).
- (7) England with the Knobs off (Adelphi, July 1940).
- (8) The English People (1947).
- (9) George Woodcock: George Orwell, 19th Century Liberal (Politics, 1946).
- (10 y 11) The Writer's Dilemma (Observer 22-8-1948).
- (1) Politics versus Literature (Polemic, sep.-Oct. 1946).
- (13) Lear, Tolstoy & the Fool (Polemic, Mar. 1947).
- (14) Poetry Quaterly (Winter, 1945).
- (15) Tribune (12-4-46).
- (16) The Road to Wigan Pier (1937).

# MICROCULTURA

Dedico este trabajo al ilustre sabio Alberto Carsi, por su perseverancia y honestidad en la culturización de los humildes.

## SUNO

- 1.—El aerolito más grande que se conoce es el llamado «Abnighito» de 3.750 kilos, caído en Groenlandia.
- 2.—John Harvard fundó con 400 libros en 1638, la conocida biblioteca de la Universidad que lleva su nombre, que actualmente cuenta con 5.748.000 volúmenes.
- 3.—Se supone que el primer piano fué construido por un inventor de Padua, llamado Cristofori, denominado «piano-forte» (voces italianas que significan «despacio» y «fuerte»).
- 4.—La próspera isla de Nueva Zelandia, fué descubierta en 1642, por el navegante holandés Abel Janszoon.
- 5.—La arteria principal de nuestro cuerpo es la aorta que nace del ventrículo izquierdo del corazón.
- 6.—La última guerra civil de España terminó el 29 de marzo de 1939, luego de la rendición de Madrid, el 24 del mismo mes.
- 7.—Bogotá, capital de Colombia, fué fundada el 6 de agosto de 1538, por el español Gonzalo Giménez de Quesada.
- 8.—A causa de la forma de bastón que tenían las primeras «bacterias» que se descubrieron, utilizóse para nombrarlas dicha voz que en griego significa bastón.
- 9.—Un camello puede soportar normalmente un aumento de hasta 6.6° en la temperatura de su organismo.
- 10.—Concepción Arenal fué una notable escritora y penalista española, que dedicó su preciosa vida a aliviar la situación de los reclusos en las prisiones.
- 11.—Juan B. Antonelli, ingeniero italiano, proyectó convertir a Madrid en puerto fluvial, uniéndolo al Manzanares con el Tajo, vía Lisboa.
- 12.—Existe un nuevo teléfono de larga distancia que puede transmitir la voz a través de 80 kilómetros sin necesidad de alambres.
- 13.—De 1940 a 1954, en las granjas agrícolas estadounidenses el número de tractores aumentó de 253 %; máquinas para granos, 418 %; recolectores de maíz, 529 %; camiones, 228 %. En cambio, el empleo de caballos y mulas, durante el mismo período, disminuyó un 70 %.
- 14.—De los sedimentos barrosos del fondo del Océano Atlántico, cerca de las Bermudas, se han dragado fósiles de 100.000.000 de años de antigüedad, siendo los fósiles oceánicos más antiguos que se conocen.
- 15.—En el transcurso de un año, se publican actualmente en el mundo, alrededor de 59.000.000 de páginas de literatura técnica, reunidas en unos 100.000 volúmenes.
- 16.—Medio kilo de material fusible tiene la energía de 1.300 toneladas de carbón.
- 17.—Durante dos horas después de haber ingerido una comida grasa, muchos glóbulos circulan en nuestra sangre, dándole una apariencia turbia.
- 18.—El segundo, que puede ser definido como el 1/86.400 avo del día solar medio, se está alargando lentamente debido a que la velocidad de rotación de la Tierra sobre su eje imaginario, va disminuyendo.
- 19.—Los accidentes matan anualmente más niños que las siete más mortales enfermedades infantiles combinadas.
- 20.—Un «año de luz» es la distancia que recorre la luz solar en un año, o sea, alrededor de diez billones de kilómetros.
- 21.—Origina el «arco iris» la refracción y reflexión del sol en la lluvia.
- 22.—El inventor del motor de combustión interna que quema aceites pesados fué el ingeniero alemán Rodolfo Diesel (1858-1913).
- 23.—La velocidad del sonido en el aire es de, aproximadamente, 330 metros por segundo.
- 24.—Se calcula que 91.500 personas perdieron la vida en accidentes durante el año 1954.
- 25.—Los inventores de la pólvora fueron los chinos, pero los primeros que la utilizaron en la barbarie de la guerra fueron los griegos, en el siglo VII A.-C., en forma de cohetes incendiarios.
- 26.—Se llama «hemoglobina» la materia colorante de los glóbulos rojos de nuestra sangre.
- 27.—Vemos desde nuestro mundo un solo lado de la Luna, porque ésta gira sobre su eje al mismo tiempo que recorre su órbita alrededor de la Tierra.
- 28.—Alfredo Bernardo Nöbel (1833-1896) fué un químico sueco que inventó la dinamita y fundó los premios de su nombre para las obras literarias, científicas y filantrópicas.
- 29.—El cálculo matemático se divide en las ramas integral y diferencial.
- 30.—La mujer que más ha contribuido al conocimiento del «radium» fué Maria Sklodowska, más conocida como Madame Curie.
- 31.—La «máquina de coser» fué inventada por el mecánico norteamericano Elias Howe (1818-1867).
- 32.—El principal obstáculo con que se tropezaría para lograr el «movimiento perpetuo», es la pérdida de energía por la fricción.
- 33.—El radio matemático que se expresa con la letra griega « $\rho$ » es el radio de un círculo con relación a su diámetro (aproximadamente 3,1416).
- 34.—La tendencia del aire de trasladarse de altas a bajas presiones origina los vientos.
- 35.—El «giroscopio» es un aparato para mostrar experimentalmente la rotación de la Tierra, inventado por Foucault en 1852.
- 36.—La invención de la «brújula» se remonta a mil años antes de Cristo, pues en esa época la conocían los chinos, de los cuales la tomaron los árabes, transmitiéndola luego a los cristianos.
- 37.—El círculo de la brújula se divide en 32 partes y se llama la «rosa de los vientos».
- 38.—Se llama «sextante» a un instrumento que sirve para medir ángulos y distancias.
- 39.—La «aurora boreal» es un meteoro que se observa cerca del polo norte en la forma de arcos y flecos luminosos.
- 40.—Se conocen por «vientos alisios» a los que soplan entre los trópicos en dirección al oeste.
- 41.—Una gota de agua convertida en vapor ocupa un

volumen 1.700 veces más considerable que en estado líquido.

42.—Blasco de Garay fué un español que en 1540 le presentó a Carlos V una máquina de vapor aplicada a la navegación.

43.—El «electroforo» es un aparato que se emplea para condensar la electricidad.

44.—El inventor de la primera máquina de émbolo fué el ingeniero francés Salomón de Caus (1576-1626).

45.—El condimento que más se usa en el mundo es la sal, necesaria para el organismo. Algunas tribus primitivas, sin embargo, la desconocen.

46.—La velocidad de un «paracaídas» va disminuyendo al descender porque se encuentra con capas más densas de aire.

47.—Las palomas mensajeras alcanzan una velocidad de 65 kilómetros por hora.

48.—Solón fué un famoso legislador ateniense y el primer estadista que se conoce haya «legalizado» la prostitución sexual.

49.—El pronombre personal que más se usa en inglés es el de la primera persona «I» (yo) y ello se debe a que en inglés no se puede usar el verbo sin el sujeto.

50.—La «Traviata» es una célebre ópera de Verdi, cuyo tema es el amor trágico, protagonizado por Violeta y Alfredo.

51.—En el calendario gregoriano que nos rige, el primer día de la semana es el domingo y no es lunes como muchos creen.

52.—Se dice en Alemania a una persona que estornuda «Gesundheit», que significa «buena salud». Expresión que se ha adoptado en la América sajona.

53.—El primer tren que marchó en Estados Unidos empleó la fuerza de varios caballos, pues no tenía locomotora.

54.—Los años que empiezan en domingo, excepto los bisiestos, terminan también por domingo.

55.—Uno de los animales que tienen la cola más larga que su cuerpo es el mono.

56.—El primer hombre que determinó la «oblicuidad de la elíptica» fué el chino Tchu Konh.

57.—El griego Tales de Mileto descubrió las causas de los eclipses.

58.—Por su parte, Aristarco de Samos, descubrió el método para determinar la magnitud y distancia entre el sol y la luna.

59.—La «paleontología» es la ciencia que estudia los fósiles.

60.—La «declinación magnética» fué descubierta por Cristóbal Colón, en su primer viaje a Amerindia.

61.—Empedocles divulgó la notable enseñanza de que «la materia es inmutable».

62.—Almaceón de Mileto, seis siglos antes de la era vulgar, descubrió el nervio óptico.

63.—Los sabios Regiomontano y Walther establecieron en Nuremberg (Alemania) el primer observatorio astronómico moderno.

64.—Carlos Linneo (1707-1778) fué un naturalista sueco que se distinguió notablemente en sus estudios botánicos: fué autor del sistema «naturae» para la clasificación de las plantas.

65.—El primer mapa astronómico fué publicado por Silvio Piccolomini, en el año 1539.

66.—Federico Guillermo Herschell fué un célebre astrónomo de Hanover (Alemania) que se hizo famoso por haber

descubierto al planeta Urano y sus satélites, como también los satélites de Saturno.

67.—Jorge Cuvier fué un famoso naturalista francés que creó la anatomía comparada y la paleontología.

68.—El patólogo alemán Rodolfo Virchow (1721-1902), especializado en antropología y etnología, descubrió que «toda célula proviene de otra».

69.—El tipo de barcos que los Estados Unidos construyeron durante la guerra en sólo 40 días, fué los «Liberty», fabricados por los obreros de la planta industrial Henry Kaiser, que más tarde se dedicó a fabricar automóviles.

70.—El 6 y el 9 de agosto de 1945, los militares estadounidenses atomizaron, diezmándolas, a las indefensas poblaciones civiles de Hiroshima y Nagasaki.

71.—La segunda guerra mundial terminó en Europa con la rendición de Alemania, el 8 de mayo de 1945.

72.—El bolchevique León Trotsky fué asesinado por mandato de los rusos marxistas, en la ciudad de Méjico, el día 21 de agosto de 1940.

73.—El «desembarco» aliado en Normandía se produjo el 6 de junio de 1944.

74.—Jacob Epstein es el escultor moderno cuyas obras han sido reputadas como «insultos a la religión».

75.—El arquitecto Le Corbusier se distinguió mundialmente al construir el Hotel Imperial de Tokio y es autor de la teoría que dice: «los edificios deben estar en armonía con los alrededores».

76.—La idea que hace pintar a Picasso «caras que no parecen caras» es según él que «pinta lo que hay en la cara, lo que hay dentro de ella y lo que hay más atrás».

77.—El pintor Salvador Dalí es un surrealista que está creando ahora una escuela de «misticismo nuclear».

78.—La «Sinfonía Clásica» fué compuesta por Sergio Prokofiev, un compositor ruso.

79.—Anna Mary Robertson Mores ha sido la pintora que exhibió sus cuadros famosos ahora cuando tenía 77 años.

80.—Lucrecia Borgia y Catalina de Medicis, fueron dos plutócratas italianas que envenenaron a numerosas personas.

81.—A falta de mejor información se atribuye la «Odisea» a Homero.

82.—Giovanni Casanova fué un famoso escritor y aventurero que escapó del palacio de los duques de Venecia.

83.—El «ámbar» es una resina fósil amarillenta que se encuentra en las riberas del mar Báltico.

84.—El Estado de Estados Unidos que tiene mayor litoral es la Florida.

85.—Nellie Melba, nacida en Melbourne, fué la famosa cantante de ópera australiana que adoptó como nombre el del lugar en donde había nacido.

86.—Un «progróm» es un asesinato legalizado por los autoritarios, de una clase social o de un grupo de individuos.


87.—Tokio y Yokohama, fueron las dos grandes ciudades japonesas que destruyó el terremoto de 1923.

88.—La expresión latina «in toto» significa: en su totalidad.

89.—Roma es la ciudad que está construida «sobre siete colinas».

SUNO

Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.—Le Gérant : Etienne GUILLEMAU. Toulouse (Hte-Gne.)



## POETAS DE AYER Y DE HOY

---

# PARASITOS

Unos payasos en una feria banal  
mostraban a las gentes, encima de un jumento,  
un aborto infeliz, sin figura animal,  
de cuyo horror sacaban un sano rendimiento.


Los flacos histriones en su oficio bestial,  
explotaban así la flor del sentimiento,  
y el pobre monstruo con un dolor, inmortal  
removía unos ojos faltos de entendimiento.

Toda la gente daba limosna a los gitanos  
incluso los mendigos, con un dolor profundo,  
y yo, viendo este cuadro, apóstoles romanos,  
me acordé de vosotros, payasos de la Cruz,  
que hace más de mil años, camináis por el mundo,  
exhibiendo, explotando el cuerpo de Jesús...

# EL COCO

Todos los niños tienen miedo en las noches yertas,  
del coco que los ceta por detrás de las puertas  
para meterlos en su capuchón de abad...  
¡No rías de los niños, oh vieja humanidad,  
que tú también le temes al Coco misterioso  
que ruge por la boca del huracán furioso,  
que unge de los tiranos los sangrientos puñales,  
que nunca se afeitó las barbas colosales  
y que te acecha, como los bonzos han escrito,  
allá, detrás de la puerta de lo Infinito!

GUERRA JUNQUEIRO



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe político cristiano. Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.—Artículos políticos y sociales. Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—«Pepita Giménez». Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—Idea de un príncipe cristiano. Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

«Floresta de leyendas heroicas españolas». Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—«Cartas eruditas». Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—«Diálogo de la lengua». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—«Diálogo de las cosas ocurridas en Roma». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»  
(antiguos clásicos «La Lectura»)  
a 300 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—«La Garra de Sevilla y anzuelo de las bolsas». Prólogo y notas de Federico Ruíz Morcuendo.

ESPINEL.—«Vida de Marcos de Obregón». Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—«Milagros de Nuestra Señora». Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—«Artículos de costumbres». Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—«República literaria». Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—«Poesías» y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—«Claros varones de Castilla». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—«El Diablo Mundo». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—«Vida de Marcos Obregón». Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—«Artículos de crítica literaria y artística». Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—«Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos». Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—«El cántico espiritual». Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—«Obras satíricas y fes-

tivas». Prólogo y notas de J. María Salvaverria.

SALAS BARBADILLO.—«La peregrinación sabia» y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—«El infamador», «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—«Generaciones y semblanzas». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

## LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

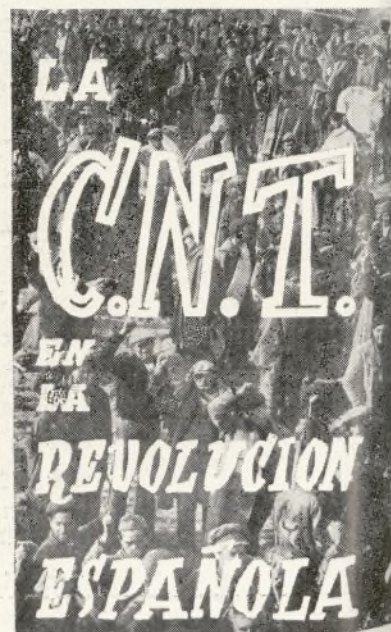
«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkin. 200 frs.

«Ética», de Kropotkin, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo. 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. Paris (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer  
todos los estudiosos